

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Sautnier, numero 4, en Paris.

AÑO 30. — N° 955.



LA GUERRA CIVIL. — Familia de un federado herido recogido en las ambulancias de la Prensa.

SUMARIO.

Familia de un federado herido recogido en las ambulancias de la Prensa; grabado. — Memorandum. — Episodios históricos. — Las baterías de los federados en el ferrocarril del Oeste; grabado. — El funeral de M. Kuss, alcalde de Estrasburgo; grabado. — Revista de París. — Poesía. — La guerra civil; grabados. — Una expedición á San Miguel del Fay. — El alquimista del siglo XIX. — El general Cluseret; grabado. — Prisioneros del ejército regular traídos á París despues de la accion del 11 en Chatillon; grabado. — El general Dombrowski; grabado. — La insurreccion de Argelia; grabado. — Bernabé Rudge. — La batería del Trocadero; grabado.

Memorandum.

(Continuacion. — Véase el número 954.)

JUEVES 30 DE MARZO.

Apenas instalada la *Commune* abraza todos los poderes y hace acto de gobierno.

Todas las grandes administraciones ven llegar los delegados de la *Commune*.

M Rampont, director de correos, se retira á Versalles, y desde entonces se interrumpe toda comunicacion regular con los departamentos y el extranjero.

VIERNES 31 DE MARZO.

A esta primera interrupcion de un servicio tan importante como el de correos, se añade cada día una nueva inquietud.

La gente se pregunta con ansiedad si los ferrocarriles están libres.

Con efecto lo están aun: solo se habian suspendido los trenes de Versalles.

Las dos cuestiones críticas para la *Commune* son la hacienda y la guerra. El Banco ha aprontado algunos recursos y tambien los derechos de puertas producen; pero es seguro que todo eso no basta.

En cuanto á guerra nos seria imposible dar cuenta aqui de la multitud de nombramientos.

Despues del mando del general Carlos Lullier vino el del ciudadano Brunel; y luego vinieron los nombramientos de los ciudadanos Eudes para un mando militar, de Bergeret para el estado mayor de la guardia nacional, de Duval para la ex-prefectura de policia, y por último, del general Cluseret para delegado ó ministro de la Guerra.

Con el nombre de comisiones la *Commune* ha constituido ministerios.

SABADO 1º DE ABRIL.

Al constituirse en gobierno la *Commune* ha comenzado á publicar decretos. Hé aqui las medidas mas importantes:

Queda abolida la quinta en Francia.

Se resuelve la cuestion de inquilinatos, declarando que no se paguen los términos de octubre de 1870 y enero y abril de 1871.

Se suspende la venta de efectos depositados en el Monte de Piedad.

Se declaran nulas las comunicaciones que emanen del gobierno de Versalles.

Entre tanto las medidas de rigor se multiplican por todas partes.

Se instituyen comisiones para recibir las denuncias contra los ciudadanos sospechosos de complicidad con el gobierno.

Siguen los rigores contra la prensa.

DOMINGO 2 DE ABRIL.

Viva agitacion desde por la mañana.

Se anuncia que se ha trabado la lucha fratricida.

Nuestros lectores conocen las peripecias del principio de esta lucha, y por lo tanto no insistiremos demasiado en esta seccion en referir hechos de armas.

Todo el día se oye la generala.

Los batallones de la guardia nacional, unos con la bandera roja y otros con la bandera tricolor, se reúnen en el Hotel de Villa y en la plaza de Vendome.

Se forman dos grandes ejércitos, uno mandado por Bergeret y Flourens que se dirigen hácia Neuilly y el Monte Valeriano, y otro mandado por Eudes y Cluseret, que toman la direccion de Vaugirard.

Una proclama de la comision ejecutiva dice que « los conspiradores realistas han atacado con los zuavos pontificales y la policia imperial. »

LÚNES 3 DE ABRIL.

Todo París se inquieta desde por la mañana de los resultados de los movimientos de tropas que han tenido efecto en la noche y que los diarios de la *Commune* llaman la marcha á Versalles.

Se sabe que una columna de guardias nacionales que se acercaba al Monte Valeriano, fué recibida á 300 metros por una lluvia de metralla que hizo un crecido número de víctimas.

El *Journal Officiel* publica el siguiente artículo:

* *

Ha pasado el momento de las declaraciones de principios. Desde ayer está trabada la lucha. Otra vez de nuevo la guerra civil ha sido desencadenada por los que durante dos semanas han dado un acento siniestro y sangriento á las grandes palabras: el orden, la ley.

Pues bien, aun en esta hora terrible, la revolucion del 18 de marzo, segura de su idea y de su fuerza, no abandonará su programa. Por lejos que puedan arrastrarla las necesidades de la guerra, por nueva que sea la situacion en que se halla, el consejo municipal no olvidará que no ha sido elegido para gobernar la Francia, sino para libertarla, haciendo un llamamiento á su iniciativa, dándola el ejemplo.

Pero si el consejo municipal de París entiende respetar el derecho de la Francia, no entiende guardar consideraciones por mas tiempo para los que ni el despotismo de las mayorías representan, habiendo cumplido su mandato, y que vienen á atacar hoy su existencia.

Los espíritus imparciales y neutros han reconocido que París estaba ayer y está hoy en el estado de beligerante. En tanto que la guerra no haya cesado por la derrota ó la sumision de una de las dos partes, no hay que limitar los derechos respectivos. Todo cuanto París haga contra el agresor será legítimo, porque constituye el derecho de defender su existencia.

¿Quién ha provocado? ¿Quién ha pronunciado con frecuencia durante dos semanas palabras de violencia y de odio? ¿No es acaso ese poder henchido de orgullo y de razon de estado, que despues de querer desarmarnos para dominarnos y rebelarse contra nuestros derechos primordiales, aun despues de su derrota nos trataba de insurrectos? Por el contrario, ¿de dónde han brotado las ideas de conciliacion, de atribuciones definidas, de un contrato discutido, sino de París vencedor?

Hoy, el enemigo de la ciudad, de sus voluntades manifestadas por doscientos mil sufragios, de sus derechos reconocidos hasta por los disidentes, le envia no proposiciones de paz, ni aun siquiera un ultimatum, sino el argumento de sus cañones; ya en la lucha, sigue tratándonos de insurrectos para los que no hay derecho de gentes; sus gendarmes levantan al aire la culata de sus fusiles en señal de alianza, y cuando nos adelantamos para fraternizar, nos fusilan á boca de jarro; sus granadas revientan entre nosotros y matan nuestros niños.

Hé aqui, pues, esta represion anunciada, prometida á la reaccion realista, preparada en la sombra como un crimen por los mismos que durante largos meses, se mofaron de nuestro patriotismo sin usar nuestro valor.

A cada provocacion salvaje, el consejo municipal ha respondido con un acto frio de justicia. No pudiendo herir á los principales culpables en sus personas los ataca en sus bienes. Esta medida de estricta justicia

será ratificada por la conciencia de la ciudad unánimemente.

Pero si los mas culpables, los mas responsables son los que dirigen, hay tambien culpables entre los que ejecutan. Hay especialmente ese partido del pasado, que durante la guerra ponía su valor al servicio de los privilegios y de sus tradiciones, mas que al servicio de la Francia, que combatiendo no podrán defender nuestra patria, porque desde el 89 nuestra patria, además de la antigua tierra natal, representa las conquistas políticas, civiles y morales de la revolucion.

Esos hombres tal vez leales, pero seguramente fanáticos, se han reunido sin vergüenza á las bandas de policia, han alcanzado en su partido esa ley fatal de solidaridad de la que nadie se libra. La medida que los agobia no es mas que la vuelta á los principios de la revolucion francesa, que nunca han respetado. Es una ruptura que debia producir mas pronto ó mas tarde la lógica de la idea.

Su alianza con el poder bastardo que nos combate no es mas en efecto, bajo el punto de vista de sus creencias ó intereses, que el deber y la necesidad. Rebelde á una concepcion de la justicia que sobrepuja su fe, combaten contra la revolucion, sus principios y consecuencias. Quieren aniquilar á París, porque creen aniquilar al mismo tiempo la idea, la ciencia libre; porque esperan sustituir al trabajo alegre, la dura tarea sufrida por el obrero resignado, por el dócil industrial, para mantener en la holganza y en su reputacion á su reducida corte de señores.

Esos enemigos de la municipalidad quieren arrancarnos no tan solo la República, sino nuestros derechos de hombres y ciudadanos. Si su inhumana causa triunfase, no seria únicamente la abolicion del 18 de marzo, sino del 24 de febrero, 22 de julio y 10 de agosto.

Es, pues, necesario que París triunfe; nunca mejor que hoy ha sido el representante de las ideas, los intereses y derechos porque lucharon sus padres alcanzando su conquista.

Este sentimiento de la importancia de su derecho y de la grandeza de su deber, hará que París sea unánime. ¿Quién se atreveria á expresar el lenguaje de un esclavo en esta ciudad libre, delante de sus conciudadanos muertos ó heridos, á dos pasos de esas jóvenes ametralladas? ¿Quién se atreviera á ser espía en la ciudad guerrera?

No; toda disidencia se borraría hoy, porque todos se sienten solidarios, porque nunca ha existido menos odio, menos antagonismo social; porque, en una palabra, de la union depende la victoria.

* *

En la noche de este día se esparce el rumor de que los diputados y los alcaldes de París van á reunirse para tratar de los medios oportunos, á fin de evitar la efusion de sangre.

MARTES 4 DE ABRIL.

El *Journal Officiel* publica diferentes nombramientos para la comision ejecutiva.

El ciudadano Cluseret es el delegado al ministerio de la Guerra.

La cuestion de hacienda es objeto tambien de distintas medidas. Dicese que se han presentado delegados de la *Commune* en varias compañías de seguros para llevarse los fondos.

Se aplazan las elecciones por causa de la guerra, pues ha habido bastantes dimisiones. En este día llegan á veinte.

Hé aqui los decretos de este día:

* *

Considerando que los hombres del gobierno de Versalles han ordenado y empezado la guerra civil, atacando París, muerto y herido á guardias nacionales, soldados de línea, mujeres y niños:

Considerando que este crimen ha sido cometido con premeditacion y sorpresa contra todo derecho y provocacion,

Decreta:

Art. 1º Los señores Thiers, Favre, Picard, Dufaure, Simon y Pothuau, serán puestos en acusacion.

Art. 2º Sus bienes serán embargados y secuestrados hasta que hayan comparecido ante la justicia del pueblo.

* *

Considerando que el primero de los principios de la República francesa es la libertad;

Considerando que la libertad de conciencia es la primera de las libertades;

Considerando que el presupuesto de cultos es contrario al principio, puesto que impone á los ciudadanos contra su propia fe;

Considerando de hecho, que el clero ha sido el cómplice de los crímenes de la monarquía contra la libertad,

Decreta:

Art. 1º La Iglesia está separada del Estado.

Art. 2º El presupuesto de cultos queda suprimido.

Art. 3º Los bienes llamados de mano muerta, pertenecientes á las congregaciones religiosas, muebles é inmuebles, son declarados propiedades nacionales.

Art. 4º Un inventario será hecho inmediatamente sobre estos bienes, para atestiguar su naturaleza y ponerlos á disposición de la nación.

*
**

Comienzan las pesquisas en las iglesias.

El Panteon vuelve á su primitivo destino y se convierte en asilo fúnebre de los grandes hombres.

Cortan los brazos de la cruz que hay en el remate de la cúpula y enarbolan una bandera roja.

MIÉRCOLES 5 DE ABRIL.

Las noticias de los primeros combates siembran el desaliento en los partidarios de la Commune.

Se dice que las tropas de Versalles han tomado á Chatillon, haciendo muchos prisioneros, y se anuncia la muerte de Flourens en Chatou.

En las esquinas aparecen los siguientes documentos, procedentes de la Commune:

*
**

Ciudadanos:

Los bandidos de Versalles fusilan diariamente á nuestros prisioneros, y no se pasa una hora sin que nos anuncien un nuevo asesinato.

Ya conocéis á los culpables: son los gendarmes y los municipales del imperio, son los realistas de Charette y de Cathelineau, que marchan contra Paris al grito de: ¡viva el rey! y con bandera blanca á la cabeza.

El gobierno de Versalles se coloca fuera de las leyes de la guerra y de la humanidad, y forzoso nos será tomar represalias.

Si continúan desconociendo las acostumbradas condiciones de la guerra entre pueblos civilizados, nuestros enemigos matan uno mas de nuestros soldados, contestaremos con la ejecucion de un número igual ó doble de prisioneros.

Generoso y justo aun en su furor, el pueblo aborrece la sangre, como aborrece la guerra civil; pero tiene el deber de protegerse contra los salvajes atentados de sus enemigos, y aunque le cueste mucho, cumplirá la ley del talion: ojo por ojo, diente por diente.

*
**

El Comité central de la federacion republicana de la guardia nacional dirige este manifiesto á los habitantes de Paris:

Ciudadanos:

Lo que pasa en este momento es la reproduccion de la eterna historia de los criminales, tratando de sus traerse al castigo, cometiendo un último crimen que les permite reinar impunes por el pavor.

Nuestros enemigos son una reunion de perjuros, de traidores, falsarios y asesinos, que quieren anegar en sangre la justicia.

La guerra civil es su sola esperanza de salvacion, y la desencadenan; ¡sean mil veces malditos y perezcan!

Ciudadanos de Paris, hémos de nuevo en los grandes dias de sublime heroísmo y de suprema virtud. La felicidad de la nacion, el porvenir del mundo entero están en vuestras manos. Os esperan la bendicion ó la maldicion de las generaciones futuras.

Trabajadores, no os equivoqueis: es la gran lucha, la lucha del parasitismo y del trabajo, de la explotacion y la produccion. Si estais cansados de vegetar en la ignorancia y gemir en la miseria; si quereis que vuestros hijos sean hombres beneficiados por su trabajo y no una especie de animales educados para el taller ó para el combate, fecundando con su sudor la fortuna del explotador, ó derramando su sangre por un déspota; si no quereis que vuestras hijas, que no podeis edu-

car y vigilar como deseariais, sean instrumentos de placer para los brazos de la rica aristocracia; si no quereis que la miseria y el escándalo impulsen los hombres á la sala correccional de policia, y las mujeres á la prostitucion; si quereis, en fin, el reino de la justicia; trabajadores, sed inteligentes, erguíos, y que vuestra ruda mano arroje á vuestras plantas la inmundicia reaccion.

Ciudadanos de Paris, comerciantes, industriales, pensadores, todos vosotros los que trabajais y buskais de buena fe la solucion de los problemas sociales, el Comité central os conjura para que marcheis unidos por la senda del progreso. Inspiraos de los destinos de la patria y de su genio universal.

El Comité central tiene la conviccion de que la heroica poblacion parisiense va á inmortalizarse y á regenerar el mundo.

¡Viva la República! ¡Viva el Municipio!

(Siguen las firmas.)

(Se continuará)

Episodios históricos.

ENRIQUE SOMMERSET.

I.

Era una mañana de primavera, y los rayos del sol cruzando á través de la niebla bañaban con su pálido brillo la frondosa alameda que conduce á Grenwick. El viento mecía blandamente las elevadas copas de los árboles; las flores sacudían de su matizado cáliz las gotas de rocío, perfumando el aura con sus aromas, y las aves saludando con melodiosos gorgoros la aparicion del astro luminoso del dia, completaban este cuadro sorprendente. La naturaleza se ostentaba en toda su grandeza, revestida con todas sus galas y respirando todos sus placeres: la niebla, mitigando el vivo resplandor del sol, la rodeaba de un aspecto mágico y misterioso, semejante á la virgen candorosa que llena de rubor oculta su semblante bajo un blanco velo que deja percibir apenas la seductora sonrisa de sus rosados labios, era mas hermosa cuanto mas difícilmente se descubrían sus encantos.

Dos caballeros entran en la alameda: sus bridones vienen fatigados, cubiertos de sudor y de polvo, con claros indicios de haber hecho una larga jornada; y como si conociesen la hidalguía de los jinetes que oprimen sus ijares, levantan á menudo su altivo cuello poblado de largas y rizadas crines, tascan el acerado freno cubriéndole de espuma, y marchan orgullosos hácia el palacio solitario donde termina la arboleda. Los jinetes van armados de piés á cabeza; negro es el color de sus armaduras, negras y amarillas las ondulantes plumas de sus cimbras, y en los escudos llevan pintada una rosa encarnada, prueba inequívoca de que ambos pertenecen al partido de Lancaster: su edad viene á ser la misma, sus semblantes brillan todavía con las gracias de la juventud, y los dos parecen devorados de algun acerbo penar: el continente majestuoso del uno descubre su elevada gerarquía, al mismo tiempo que las groseras facciones del otro indican tener su origen en la clase mas oscura del pueblo.

A pesar de esta enorme diferencia marchan en la mayor armonía, sin que se note en sus palabras ni en su porte el menor vestigio de superioridad en el noble para con el plebeyo.

— Sí, decía aquel con acento desesperado y lanzando miradas de indignacion, es preciso vengar la muerte de nuestros padres, lavar con la sangre del conde de Warwick la afrenta que empaña el brillo de la casa de Lancaster y abatir el orgullo del ambicioso Ricardo: si el partido de la *rosa blanca* pudo conseguir una victoria en los campos de San Albano, aun quedan nobles amantes de su rey que sabrán sacrificar sus vidas y sus haciendas para sacarle de esta tutela vergonzosa con que le esclaviza Ricardo, duque de York; y si Enrique VI es en efecto inútil para conducir la nave del estado, gobierne el timon su esposa, pero no sucumbamos de ningún modo á nuestros odiados rivales.

— Esa es mi opinion, Enrique, repuso el plebeyo aplicando el acicate á su caballo, si el duque de Somerset, tu padre, fué víctima de su arrojo en la desgraciada jornada de San Albano, privando con su muerte á la *rosa encarnada* de uno de sus mejores campeones, su esforzado sucesor sabrá inmolar á sus manes hasta el último partidario de la casa de York.

— Sin embargo, Astolfo, sabes muy bien que Ricardo ejerce una extraordinaria influencia en la mayor parte de los pueblos, que un gran número de nobles pertenece á su partido, y el Parlamento acaba de conferirle el título de protector de la monarquía y defensor de las libertades de la Iglesia y del Estado, durante la minoría del príncipe de Gales: no es mi objeto de ningún modo desistir de nuestra noble empresa; profeso á la casa de York un odio inextinguible, pero conozco seria peligroso aventurar sin las fuerzas suficientes un nuevo encuentro, en el cual podrian hundirse para siempre nuestras risueñas esperanzas.

— Tampoco debes ignorar que si el duque de York ha conseguido apoderarse del gobierno, ha sido solo á fuerza de intrigas y de esparcir secretamente rumores absurdos, sobornando el Parlamento, y haciendo creer á los pueblos que su rey padece una enagenacion mental, es muy fácil alzarse con el mando; pero disuélvase el Parlamento, conozcan los pueblos su error y verás por tierra las rosas blancas sirviendo de alfombra á nuestros caballos.

— Desgraciadamente la salud del rey es tan débil como grande la osadía de Ricardo; la reina goza de muy poco prestigio entre sus súbditos, los nobles adictos á su causa no se muestran decididos á sostenerla, mientras Salisburg, el lord Cobham y el conde de Warwick auxilian con todas sus fuerzas á la casa de York; Enrique IV se halla en su poder, Margarita fuera de la corte y nuestros amigos llenos de consternacion: por lo tanto debemos aguardar la ocasion oportuna para destruir á nuestros enemigos y colocar en el trono á nuestro desgraciado soberano.

— Sí, á nuestro soberano, repitió con ironía el plebeyo: nos conocemos bastante para ocultarnos de ese modo nuestros proyectos: sabes tambien como yo que al empuñar las armas y fijar en nuestros escudos una rosa encarnada, no era solamente nuestro objeto restablecer en sus derechos á ese *Rey tonto*, como le llaman nuestros contrarios, ni proteger la hermosura de su esposa Margarita; la que, hablando entre los dos, podria darnos el mismo destino que al duque de Gloucester, cuando la fueran inútiles nuestras espadas: nada de eso, nosotros invocando los derechos de Enrique VI, y los partidarios del duque de York, so color de proteger los intereses del pueblo, ambicionamos el poder, deseamos la destruccion de nuestros rivales, y apoderándonos del gobierno oprimir despues á ese mismo rey y á ese mismo pueblo, por cuyos derechos é intereses fingimos sacrificarnos.

El plebeyo continuara manifestando sus proyectos con la misma desenvoltura, si su noble compañero no le advirtiera estaba muy próximo el palacio de Margarita: un momento despues habian entrado en él, dirigiéndose al punto á la habitacion de aquella reina desgraciada.

II.

— Sí, Matilde, le amo, decía Margarita de Anjou bordando su nombre sobre una banda roja, su noble presencia, su lenguaje seductor, sus miradas llenas de vida y de expresion han conmovido mi pecho, necesitaba mi alma emociones extraordinarias, y estas no podia inspirármelas la fria amistad de un marido cuyo corazon no conoció el imperio de las pasiones, cuyos labios no se vieron jamás abrasados por el volcánico fuego del amor, y en cuyo pecho no ejerció la menor influencia el tierno afecto de su esposa: en mis dulces ilusiones habia visto la imágen de un amante sumiso, joven, dispuesto á sacrificarme su existencia, tan pronto postrado á mis piés como exhalando en mis brazos suspiros ardorosos, estrechando mi seno y colmándome de caricias; el sueño se ha realizado, y el joven que debía hacerme gustar la felicidad es Enrique Somerset.

— ¿Y no os hace estremecer la idea de ser infiel á un esposo, de que descubra ese trato criminal y sacrifique á su justo resentimiento el ídolo de vuestro corazon?...

— No, Matilde, para amar á Somerset no he menester faltar á mis deberes; apreciaré á Enrique VI como á un amo, como á un esposo ya gastado por las borrascas del tiempo, y en cuyo pecho no tienen cabida las pasiones vehementes, únicas que pueden hacerme experimentar gratas sensaciones; pero amaré al conde de Somerset como á mi caballero y campeón, su imágen derramará sobre mi alma la copa de los placeres, y en sus brazos gozaré tanta felicidad cuanta es posible gustar sobre la tierra.

La llegada del conde vino á suspender este diálogo, un ligero rubor bañó las pálidas mejillas de Margarita, y sus brillantes y azulados ojos dirigieron á Enrique una mirada de amor.

— Perdonad, señora, si me tomo la libertad de interrumpiros, pero el estado de vuestros negocios lo exige tengo que comunicaros nuevas interesantes, para lo cual desearia hablaros sin testigos.

— Sentaos, mi querido conde, y tú, Matilde, retirate un momento.

— Hermosa Margarita, el cielo se ha conolido de vuestras desgracias, y dirige hácia vos su mano protectora; desaparezca esa nube de tristeza que oscurecia vuestra frente y torne la alegría á vuestro corazon; aun ocupareis el trono que os usurparon alevemente, aun seréis reina de Inglaterra.

— ¿Qué me dices, Enrique? ¿Será posible que vea humillado á mis piés al orgulloso Ricardo? ¿Podré al fin gozarme en su desesperacion y hollar con mis plantas esa rosa maldita, símbolo de la casa de York?

— Nada mas cierto, Margarita; de todas partes acuden nuevas tropas dispuestas á sostener vuestros derechos; en el Norte de Inglaterra los nobles han desenvainado su espada jurando colocarlos sobre el trono; los lores Rooz, Wifford y Devonshire acaban de llegar al frente de numerosos destacamentos levantados en sus tierras; el rey de Escocia permite se alisten sus vasallos á vuestro servicio, y no tardarán en recibirse los auxilios de hombres y dinero, remitidos por Luis, rey de Francia: mi corazon se abrasa en el mas puro entusiasmo al ver tan próximo el dia de vengaros y de restablecer el lustre de vuestras armas; si vuestras tropas su-

cumbieron en los encuentros de San Albano y Northampton, proporcionando dos victorias á nuestros enemigos, y debida la una á la traicion del lord Gray, aun quedan espadas que lavarán aquella afrenta, y nobles que sacrificarán su vida en defensa de su reina. ¡Feliz yo, si al exhalar el último suspiro puedo ver restablecida en el trono á la señora de mis pensamientos! ¡Qué decís, conde! exclamó con agitacion Margarita, dirigiendo á Sommerset una mirada de inquietud.

— Dispensadme, señora; despreciad en buen hora mi necia temeridad, pero escuchadme al menos, y desprendiéndos del elevado carácter de reina, oidme como mujer. Ya sabéis como mi padre murió en la desgraciada batalla de San Albano, portándose en ella como fiel vasallo de Enrique VI, como noble y como esforzado caballero: pues bien, á su muerte me dejó por herencia su odio á la rosa blanca, y su decidida inclinacion á la casa de Lancaster: en Grenwick os ofrecí mi espada, jurando morir en defensa de vuestro partido; allí sintió mi pecho por primera vez una emocion extraña, tierna, indefinible; allí se engendró en mi alma una pasion no débil y fácil de sofocar, sino eterna, indestructible, y que cual lava abrasadora cundió por mis venas, apoderándose de todos mis sentidos. Tú eras mi existencia y mi divinidad, fuera de tí todo era yermo, todo era vacío, y la naturaleza me parecia mas horrorosa que las olas del mar embravecidas por la tormenta; indiferente era para mí que ocupases un trono, que vivieses bajo dorados techos rodeada de fausto y de grandeza, y dividiendo tu lecho con otro mortal mas venturoso; yo amaba la hermosa, no la reina de Inglaterra; adoraba una mujer, no la esposa de Enrique VI... si mi amor te ha de ser indiferente, añadió postrándose á sus piés, si tus hermosos labios han de condenar mi pasion, toma esa espada, sepúltala en mi pecho y librame del tormento horroroso de escuchar un *no* mucho mas amargo que la muerte.

— ¿Qué haceis? conde, exclamó sobresaltada Margarita, levantaos, yo os ofrezco olvidarlo todo y...

— No, Margarita, tu amor ó la tumba, esta es mi resolucion.

— Pues bien, conde, calmaos, atropellando todos mis deberes voy á sacrificaros mi reputacion; sí, Enrique, añadió enternecida y cubriéndose sus mejillas de un brillante carmin, yo te amo...

— ¡Santos cielos! ¿Será posible? exclamó Sommerset estrechando á la reina con delirio entre sus brazos: una prueba sola de ese amor que me juras á la faz de Dios y parto en el momento á destruir á tus cobardes enemigos.

— Aquí la tienes, esta banda bordada por mis manos te servirá de escudo en el campo de batalla, y en la corte, añadió cruzándola sobre su pecho, te hará impenetrable al amor de otra mujer.

— Partamos, dijo Enrique imprimiendo un ardoroso beso en la nevada frente de la reina, partamos, la victoria nos aguarda y el triunfo mas completo coronará nuestras armas.

III.

Grandes turbulencias conmovian la Inglaterra; la guerra civil habia sentado su mano destructora sobre este desgraciado pais: dos partidos poderosos se disputaban el mando con el mayor encarnizamiento, tan pronto vencedores como vencidos se arrojaban á cometer todo género de excesos, talando los pueblos y destruyendo las posesiones de los nobles adictos al bando que habia tenido la desgracia de sucumbir. La casa de Lancaster tomando por divisa una *rosa encarnada*, defendia la causa de Enrique VI que á la sazón ocupaba el trono de Inglaterra, y estaba casado con Margarita de Anjou, hija de René de Anjou, que conservaba el título de rey de Sicilia, de Nápoles y Jerusalem. La casa de York, adoptando por distintivo una *rosa blanca*, reclamaba la corona para Ricardo, duque de York, descendiente por línea femenina de Lionel, duque de Clarendon, segundo hijo de Eduardo III, y apoyaban su pretension en el perjuicio que Enrique IV, abuelo de Enrique VI, habia causado á los descendientes de Lionel, que formaban entonces la rama primogénita de la casa de Inglaterra, destronando á Ricardo II, su primo, que murió sin hijos y apoderándose del trono.

Margarita de Anjou, mujer ambiciosa, y que desde el momento de su enlace habia concebido el atrevido proyecto de reasumir en sí toda la autoridad de su esposo, exasperó á los descontentos que no pudiendo mirar con indiferencia el engrandecimiento de sus rivales protegidos por la reina y elevados á los mas distinguidos cargos del estado, arrojaron la máscara declarándose en abierta rebelion. La salud de Enrique VI, sumamente débil á causa de las enagenaciones mentales que padecia aquel príncipe y que le tenia en la mas completa insensibilidad, durante largos períodos, daban nuevo motivo á los partidarios de la casa de York para pedir la disposicion del soberano, ó el nombramiento al menos de una regencia que pusiera un dique á la ambicion de Margarita, ó mas bien hiciese pasar el poder de las manos de sus contrarios á las suyas.

No tardaron en verse realizados sus deseos, pues el Parlamento confirió á Ricardo el título de *Protector* de la monarquía, durante la menor edad de Eduardo, hijo de Enrique VI. Este golpe desconcertó á la reina; pero resuelta á sostener sus derechos, se conformó en la apariencia con la determinacion del Parlamento, y fingiendo no cuidar mas que de la salud de su esposo y la educacion de su hijo, revolvía en su fecunda ima-



LA GUERRA CIVIL. — Las Lateralas de los federados en el ferro-carril del Oeste entre las fortificaciones y Asnières.

gineacion los medios de recuperar el poder que le habian arrebatado.

Poco tiempo despues el rey á instancias de su esposa, declaró en un consejo extraordinario que habiéndose restablecido su salud, se hallaba en estado de gobernar por sí solo sus dominios sin el auxilio del duque de Yorek. Esta mudanza colmó de alegría á los partidarios de la reina: Ricardo conociendo la intriga resuelve tomar las armas, y levantando tropas en el pais de Galles, en breve se encontró á la cabeza de un ejército numeroso. El conde de Sommerset, ministro y favorito de la reina, le salió al encuentro con las tropas reales; se traba un combate encarnizado en los campos de San Albano; la victoria se decide por el duque de Yorek; Sommerset es víctima de su arrojo y Ricardo entra triunfante en Lóndres al frente de su ejército. El Parlamento le confiere el título de *protector*, y declara que la monarquía ha sido mal gobernada por Margarita y su ministro.

La salud del rey se restablece segunda vez y el duque

de Yorek es separado del gobierno, retirándose á sus tierras. Mientras la reina se goza en la desesperacion de sus enemigos, el conde de Salisburg y el conde de Warwick levantan un ejército en la provincia de Kent, y declarando en un manifiesto que solo toman las armas para proteger las libertades del pueblo se dirigen á Lóndres, de cuya ciudad se apoderan sin resistencia. Margarita marcha contra ellos, se da la batalla en Northampton, y la victoria corona segunda vez las armas de Ricardo el día 19 de julio de 1460. Enrique VI prisionero es conducido á Lóndres, y Margarita acompañada de Sommerset, hijo de su anterior ministro y del joven Eduardo, encomienda su salvacion á la fuga.

Esta segunda derrota no desalienta á sus amigos, que obstinados en defenderla reunen nuevas tropas, y ofreciendo el saqueo de las posesiones del duque de Yorek, ven ingresar diariamente en sus filas infinitos partidarios. Sommerset que amaba con pasion á la reina dirige el levantamiento con la mayor actividad, y al frente de 25,000 hombres acampa en las llanuras de Wakel-

fierd. El duque de Yorek presenta la batalla, pero la victoria se inclina al lado de Margarita, y el desgraciado Ricardo muere cubierto de gloriosas heridas; su cabeza clavada sobre una lanza es presentada por el lord Clifford á la reina, y colocada despues en las murallas de Yorek.

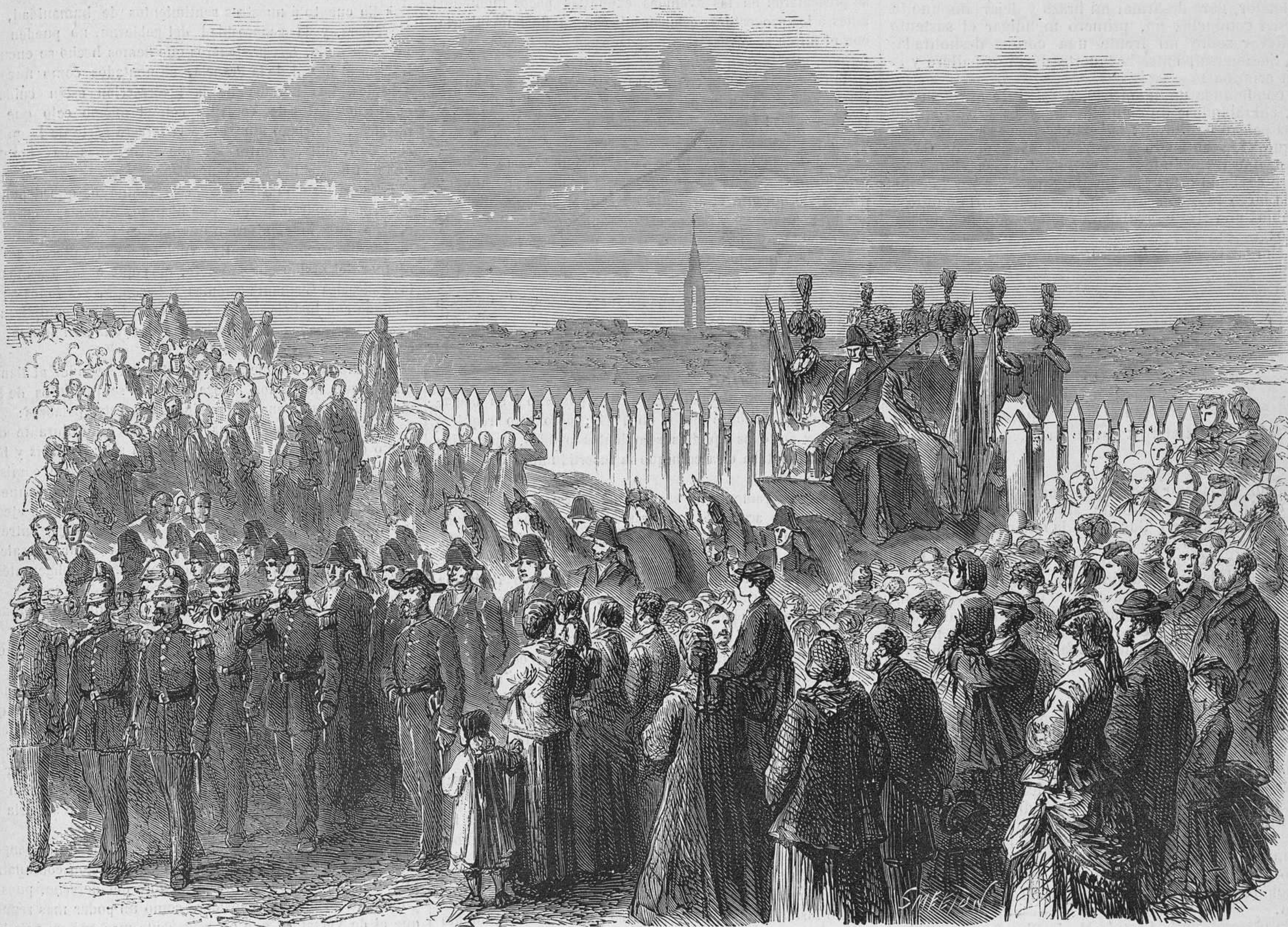
El ejército de la rosa blanca huye despavorido y la esperanza renace de nuevo en el corazon de Margarita.

IV.

— ¡Aventura extraña por cierto! si no te viera tan sereno diria que el rom habia obrado un efecto portentoso en tu maldita cabeza; ¿y no sabes cuál sea la causa de venir de oculto á Yorek nuestro soberano?

— No me figuro pueda ser otra que esos rumores que circulan acerca de...

— Te comprendo, habrá llegado á sus oidos que el



BURDEOS. — Funeral de M. Kuss, alcalde de Estrasburgo.

conde de Sommerset es el galan favorito de la reina, que todas las noches...

— Silencio, Roberto, podrian oirnos, y ya sabes el carácter de Margarita.

— Pero ¿cómo descubriste que era el rey el que tales preguntas te hacia, cuando todos le suponíamos persiguiendo las reliquias del ejército de la rosa blanca?

— Te diré, al oscurecer me hallaba en la puerta del parque, cuando ví dirigirse apresuradamente hácia mí un caballero cubierto de polvo, y cuyo corcel venia extraordinariamente fatigado; ¿es este el palacio de Margarita? me pregunta con agitacion: el mismo, le contesté yo mirándole de pies á cabeza: ¿me conoces? dijo entonces levantando la visera; considera cuál seria mi asombro al descubrir las facciones de Enrique VI, quise arrojarme á sus piés, pero lo impidió diciendo: solo tú sabes mi llegada á Yorek, y me responderás con tu cabeza del secreto: en seguida me preguntó si Sommerset está con la reina, si permanece muchas horas á su lado y si es cierto que todas las noches duerme en palacio.

— ¿Y tú qué le contestaste?

— Que sí: ¿habia yo de arriesgar mi cuello por encubrir la conducta de Margarita? ¡no me engañó Astolfo! exclamó el rey quedando pensativo un rato: necesito, me dice exhalando un suspiro angustiado, que me introduzcas esta noche en la habitacion de la reina cuando se encuentre en ella su favorito; pero infeliz de tí, si llegases á descubrirme, mi venganza seria igual á mi resentimiento.

— ¿Y tú qué piensas hacer?

— Yo, dirigirme ahora mismo á su encuentro para introducirle en el aposento de la reina, donde hace mas de una hora entró el conde de Sommerset.

— ¿Y si la fortuna te es contraria?

— Entonces, dijo el escudero separándose de su amigo, me colgarán de una almena ó pondrán mi cabeza al lado de la de Ricardo, duque de Yorek.

V.

La noche es clara, la luna derrama sus plateados

rayos sobre los pardos edificios de Yorek, sus habitantes están sumidos en el mas profundo sueño, los centinelas vigilan en la muralla corriendo el *alerta*, el reló marca la media noche y el monótono y lúgubre sonido de su campana, que anuncia á los mortales la conclusion de otra hora, se confunde entre las voces que reclaman el relevo y el crugido de las armas que chocan entre sí los soldados soñolientos, el silencio se restablece, y la ciudad de Yorek parece mas bien un prolongado cementerio que la morada de los hombres.

Una lámpara de plata ilumina la habitacion de Margarita bañando los objetos con suave resplandor. La reina descansa reclinada sobre su brazo, el conde de Sommerset vela su sueño y contempla con delirio los encantos de su amada. Pero su frente no está serena, un sentimiento fatídico oprime su corazon y le llena de sobresalto. El crimen de que le acusa su conciencia le hace estremecer, representándole á cada paso la espada de la ley que amaga su cabeza.

Una persona se acerca, y el ruido de sus armas que chocan contra el muro hace despertar á Margarita, que

arrojándose asustada en los brazos del conde, exclama:

— ¡Defiéndeme!

— No temas, la contesta, y sosteniéndola en el brazo izquierdo empuña la daga, resuelto á vender bien cara su vida.

La llave cede á los repetidos golpes, y franqueando la entrada deja ver á los amantes un guerrero cuyas facciones están ocultas bajo la acerada visera de su casco. El desconocido los contempla con los brazos cruzados sobre el pecho, el conde de Sommerset clava en él sus ojos chispeantes y le pregunta con arrogancia:

— ¿Quién te ha dado el derecho de acercarte á la habitación de la reina? responde, mal caballero, ó juro por mi honor hacerte pagar bien cara tu osadía.

— ¿Quién me ha dado ese derecho, preguntas? Dios y la ley, contesta levantando la visera.

— ¡Mi esposo! dice Margarita cayendo desmayada.

— ¡El rey! exclama Sommerset bajando la punta de su acero.

— Defendeos, cobarde, gritó Enrique VI con voz atronadora.

— Cobarde no, bien lo sabeis, el que os salvó la vida en Wakelfield no merece semejante dictado, pero la espada que acuchilló á los enemigos de mi soberano jamás se cruzará con la suya.

— Inútiles arterias recordarme los favores de que te soy deudor, para desarmar mi brazo y dejar impune tu criminal conducta; no, primero mendigar el sustento que llevar sobre mi frente una corona deshonrada; elige, Sommerset, entre la muerte de un caballero y la de un criminal.

El conde duda un momento, pero al fin cruza su espada, entablándose un combate encarnizado, en el que ambos pelean con tesón: la justicia dirige el brazo de Enrique VI, y su acero penetra en el pecho de Sommerset, que revolcándose en su sangre lanza el postrer suspiro cayendo á los pies de Margarita. El rey le contempla largo rato con aspecto infernal, y asomando á sus labios una risa convulsiva exclama con acento estúpido:

— Margarita, esa es tu obra.

E. VIVES.

El funeral de M. Kuss,

ALCALDE DE ESTRASBURGO.

Debemos consagrar aquí un recuerdo merecido al funeral de M. Kuss, el valiente alcalde de Estrasburgo que ha sucumbido en Burdeos á la enfermedad que le causó la noticia de la cesion de la Alsacia á la Prusia. La muerte de este gran ciudadano ha marcado con un lazo eterno el desmembramiento de la Francia.

El funeral de M. Kuss se celebró en Burdeos el 2 de marzo en medio de una muchedumbre inmensa. Su muerte se consideró como un dolor público en medio de los desastres de la patria. La familia habrá manifestado el deseo de hacer á su querido jefe un entierro sin aparato; pero la emoción pública consideró este suceso como una mera desgracia para la Francia, y las vivas simpatías del público dieron al funeral su verdadero carácter. Puede decirse que la población de Burdeos acompañó piadosamente hasta la estación á los despojos mortales del ciudadano francés muerto de dolor.

Llevaban las cintas del carro el alcalde de Burdeos, el prefecto, M. Gambetta, M. Titot, diputado del Alto Rhin, M. Schneegans, adjunto de Estrasburgo y M. Bethmont, secretario de la Asamblea nacional.

Acompañaban al entierro el consejo municipal de Burdeos, destacamentos de todos los cuerpos de la guardia nacional, y todos los diputados de la Alsacia y la Lorena.

En la estación de la Bastida M. de Blond y el alcalde de Burdeos tomaron sucesivamente la palabra y luego M. Gambetta improvisó una alocucion de despedida cuya idea dominante era esta:

« ¡Conservad el amor á la República, dijo á los alsacianos, que un dia la República fiel, irá á libertaros! »

El magistrado patriota descansa hoy en la tierra que habia querido perteneciese siempre á la Francia. Su muerte ha realzado mucho el patriotismo de las poblaciones del Este y la acogida que han hecho allí á sus restos ha debido demostrar á los prusianos que esa heroica provincia no pertenecerá nunca de corazon á la Alemania.

La ciudad de Estrasburgo conservará fraternalmente la memoria de su último magistrado tan popular y tan querido, pues no solo llora al patriota, sino al hombre de talento eminente que la Universidad miraba como uno de sus principales profesores.

Un solo rasgo demostrará cuál era la elevacion de espíritu del profesor magistrado. Cuando el ministro de Instruccion pública le notició que estaba designado para la condecoracion de la Legion de Honor, contestó diciendo:

« Si quereis premiar al profesor, colgad la cruz en la cátedra; si al ciudadano, no necesita condecoracion alguna. »

H. V.

Revista de Paris.

En nuestra última revista deciamos que la sangrienta lucha que se prolonga á las puertas de Paris, habia tenido una tregua de algunas horas, de las nueve de la mañana á las cinco de la tarde, pedida por la *Liga de la Union republicana* y concedida por el gobierno de Versalles, con el único fin de que los desgraciados habitantes de Neuilly que hacia muchos dias sufrían un incesante bombardeo pudieran salir de sus cuevas y refugiarse en Paris, dejando libres sus casas á los combatientes.

Con efecto, la mudanza de toda una poblacion que cuenta mas de 15,000 almas se llevó á cabo durante la tregua, ofreciendo un espectáculo que acudieron á contemplar muchos miles de personas. Mas de una vez hemos tenido ocasion de decirlo: todo en Paris se convierte en espectáculo; pero es verdad que el dia de la tregua, muchos de los que se presentaron en las avenidas expuestas pocos momentos antes á los proyectiles, estaban allí con un fin humanitario, con el fin de socorrer á los refugiados á los heridos y enfermos, que se iban á encontrar sin asilo.

Habíanse organizado compañías de socorros que iban con carruajes hasta Neuilly para recoger á los habitantes; pero ¡cosa extraña! muchos de ellos que no podían llevarse sus muebles renunciaban á dejar sus casas. Así es que la mayor parte se habian proporcionado carretones que traían á brazo cargados con su ajuar, y en un espacio de un par de kilómetros se vió durante el armisticio una interminable hilera de hombres, mujeres y chicos arrastrando los vehiculos llenos de muebles y atravesando como podían por entre las barricadas y los puestos avanzados de las tropas de Versalles y de los guardias nacionales parisienses.

¿Es posible imaginar un cuadro mas desolador? ¿Qué idea tan espantosamente expresiva de las miserias de la guerra!

¿A dónde iban aquellos desterrados por las bombas de los dos partidos?

Ninguno lo sabia.

La Commune habia mandado que se pusieran á su disposicion las habitaciones libres en Paris; pero esto requiere tiempo, y en todos aquellos semblantes pálidos, desencajados, no se pintaba otra cosa que la incertidumbre de encontrar un abrigo.

Era verdaderamente un séquito mortuorio.

A punto de acabarse las horas bien limitadas de la suspension de armas, un temor general sobrecogió á la muchedumbre

Iban á dar las cinco y al extinguirse el eco de la última campanada, los combatientes romperian de nuevo el fuego.

Y así sucedió: ¿por qué perder tiempo para matarse?

Al temor sucedió un pánico bien justificado; los rezagados apretaron el paso, los mas prudentes de los espectadores huyeron á toda prisa, y entre tanto el cañon como si deplorase haber estado ocioso algunas horas, comenzó á resonar con mas estrépito.

Y continúa, de dia y de noche con mayor intensidad que en tiempo de los prusianos.

¿Qué quedará de Neuilly? ¿Qué quedará de Asnieres, esas preciosas localidades de las mas inmediatas cercanías de Paris, con sus jardines en flor y con sus casas abiertas por los proyectiles? Se convertirán en otro Saint-Cloud, en un monton de ruinas.

Cada semana cuando dejamos la pluma nos decimos que en los ocho dias que tenemos delante para continuar esta terrible historia de la guerra civil, se producirá seguramente algun resultado favorable para poner fin á la matanza y al incendio; pero ¡ay! la semana pasa, y otra vez nos encontramos con las mismas escenas.

¿Qué decimos? Parece que cuanto mas se multiplican los esfuerzos para conseguir la pacificacion, ó por lo menos un armisticio que abra el camino á ella, mas obstáculos se cruzan, mas decididos en continuar la guerra se muestran los combatientes.

En estos últimos dias se han llevado á cabo diversas tentativas, dos de ellas con ciertas probabilidades fundadas en la consideracion de las personas que las emprendieron.

La primera fué la mediacion de las municipalidades del Sena, que á consecuencia de una reunion que celebraron el 22 de abril en Vincennes, nombraron una comision conciliadora que pasó seguidamente á Versalles y fué recibida por M. Thiers en la mañana del 25.

Esta comision presentó al jefe del poder ejecutivo de la República francesa, la manifestacion votada en la asamblea de Vincennes, que estaba concebida en estos terminos:

« La asamblea de los alcaldes, adjuntos y consejeros municipales de las poblaciones suburbanas del Sena, condolidada de la guerra civil actual, reclama una suspension de armas.

» La asamblea afirma para todos los pueblos la reivindicacion completa de las franquicias municipales, con la eleccion popular de todos los alcaldes y adjuntos, y pide la instalacion definitiva de la República en Francia; protesta con-

tra la invasion y el bombardeo que sufren distintos pueblos del departamento y apela á la humanidad para que cesen las hostilidades. Finalmente, la asamblea pide ante todo que no haya represalias. »

En la entrevista de la comision con el jefe del poder ejecutivo, M. Thiers hizo declaraciones importantes.

Dijo que nada amenaza á la República y que su suerte depende únicamente de la conducta de los republicanos.

M. Thiers investido de la confianza de la Asamblea nacional, afirma que mantendrá la República mientras se halle en el poder, y añade que la misma Asamblea la mantiene tambien de hecho, puesto que, aunque en su gran mayoría es monárquica, considera que hoy es en Francia una necesidad el sostenimiento de la República

A juicio de M. Thiers la actual Asamblea es una de las mas liberales que jamás ha habido en Francia, como lo prueba la ley que ha votado en favor de las libertades comunales.

El jefe del poder ejecutivo no encuentra términos de conciliacion posibles entre un gobierno legal, nacido de elecciones libres y un grupo de culpables que solo representan el desorden y la rebelion, y en sus tres cuartas partes son extranjeros.

« En cuanto á nuestros sentimientos de humanidad, dijo M. Thiers, y la generosidad del gobierno, no pueden ponerse en duda. Los prisioneros que hemos hecho se encuentran en el litoral de la Francia, alimentados como nuestros soldados. Los heridos de la insurreccion están cuidados en los hospitales de Versalles con el mismo celo que los nuestros. El Estado alimenta á la tercera parte de la poblacion de Neuilly, y entre los que socorremos hay hombres que han combatido contra nosotros.

» Todos los combatientes de la Commune que depongan las armas tendrán la vida y la libertad. Además, continuará el pago de la indemnizacion que han cobrado hasta aquí en la guardia nacional mientras vuelven á sus talleres, sin exceptuar del olvido que prometo, mas que á los asesinos de los generales Clemente Thomas y Lecomte, y á todos aquellos que con justicia deban considerarse como cómplices de aquellos crímenes por inspiracion ó ayuda; en suma, un cortísimo número de individuos. »

Finalmente, M. Thiers, queriendo corresponder al llamamiento que hacen los delegados á sus sentimientos de humanidad, termina sus declaraciones con estas palabras:

« Dejaré á los sublevados una puerta libre durante dos, tres ó cuatro dias, á fin de que puedan salir de Paris y buscar un refugio fuera del territorio; y autorizo á la comision para que dé conocimiento á los hombres de la Commune de Paris de todas estas disposiciones que estoy pronto á ejecutar en un interés de pacificacion. No puedo dejar entrever otras concesiones, y sobre todo no puedo aceptar para alcanzar la paz, el reconocimiento del carácter de beligerantes á los jefes de la insurreccion parisiense »

Los miembros de la comision dieron cuenta á la Commune de Paris de las declaraciones de M. Thiers, y el 27 recibieron á nombre de la comision ejecutiva una respuesta cuya conclusion dice así:

« Versalles se niega, pues, á toda conciliacion, en tanto que la Commune de Paris la quiere; pero es imposible que se efectúe mas que mediante el reconocimiento de los derechos que defenderemos y que tenemos mision de defender por las armas, si no podemos obtener la consagracion por un arreglo. La Commune de Paris no abriga la pretension de imponer la ley á la Francia: no aspira mas que á servirla de ejemplo.

« No queremos mas que poner coto á la efusion de sangre; pero Paris quiere que se consuma su revolucion comunal, y la Commune la hará triunfar á nombre del derecho, pues la Commune de Paris se considera como un poder mas regular que el de Versalles, que no representa mas que un pais hollado por el extranjero y que ha votado bajo el imperio de sentimientos difíciles de apreciar. »

Tal es el resultado que ha tenido la mision de las municipalidades del departamento del Sena.

La otra tentativa á que aludimos antes, ha sido hecha por la francmasonería.

Los francmasones llevaron á Versalles un programa que abrazaba los mismos puntos que el de las municipalidades, y recibieron de M. Thiers una contestacion idéntica poco mas ó menos.

Solo una variacion notaremos, que envuelve una terrible amenaza para los que vivimos dentro de Paris.

M. Thiers, segun cuentan los delegados de las logias, dijo que Versalles triunfará « aun cuando fuera preciso incendiar algunas casas y hacer algunas víctimas inocentes. »

Los delegados han publicado un largo manifiesto en donde exponen el resultado de la conferencia y que termina con una resolucion formulada de este modo:

« En presencia de la negativa del gobierno de Versalles de aceptar las franquicias comunales de Paris, los francmasones reunidos en asamblea general protestan y declaran que para obtener sus franquicias emplearán desde hoy todos cuantos medios tengan en su mano. »

En consecuencia de esta determinacion, mañana sábado 29 de abril, el cuerpo masónico debe plantar su bandera en los fuertes que ocupa la guardia nacional, y si una sola bala

le atraviesa, todos los francmasones se pondrán en marcha y combatirán en favor de la Commune.

La recepción que se ha hecho á los francmasones en el Hotel de Villa ha sido como una fiesta pública.

Llegados á la plaza en número de unos dos mil, uno de los miembros de la Commune se quitó la faja encarnada y la puso en la bandera azul de los francmasones.

Una delegación de la Commune acompañó á la comisión masónica hasta la calle Cadet, lugar de sus reuniones, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.

Los francmasones de París, reunidos en asamblea general, en el teatro del Chatelet, decidieron enviar un mensaje á todas las logias y á todos los francmasones de París, para que se encuentren con las banderas mañana sábado á las nueve de la mañana en el patio del Louvre.

Al mismo tiempo que todos los delegados de las sociedades de que acabamos de hablar vuelven á París con un resultado negativo, en Versalles se publican documentos oficiales y se pronuncian discursos en la Cámara que confirman la intención del gobierno de vencer por la fuerza y á toda costa la insurrección parisiense.

El guarda-sellos, ministro de la Justicia, M. Dufaure, ha enviado una circular á los procuradores generales de la República, para que formen causa, no solo á los escritores que defienden á la Commune de París, sino lo que es mas grave, á los que se hacen «apóstoles de una conciliación en que ellos mismos no creen, poniendo en el mismo nivel á la Asamblea salida del sufragio universal y á la pretendida Commune de París; reprochando á la primera no haber acordado á París sus derechos municipales, aunque por vez primera la Asamblea nacional haya dado espontáneamente á esta gran ciudad todos los derechos de representación y de administración, de que disfrutaban los otros municipios de la Francia; en fin, suplicándola tienda su noble mano á la mano manchada de sangre que sus enemigos no se atreverían á presentarle. Por ser mas hipócrita este lenguaje, añade el señor ministro, no es menos culpable; enerva el sentimiento de lo justo y de lo injusto; acostumbra á considerar con el mismo criterio el orden legal y la insurrección, el poder creado por el voto de la Francia y la dictadura que se ha impuesto por el crimen y reina por el terror.»

Finalmente, en una de las últimas sesiones de la Asamblea nacional, M. Thiers ha pronunciado un discurso que acaba de poner el sello á todo lo que se ha dicho sobre los propósitos del gobierno.

Ni el jefe del poder ejecutivo ni la Asamblea entienden ceder en ningún punto.

Sin embargo, M. Thiers hace una concesión: protesta una vez mas que no trabaja ni trabajará contra la República, y repite que mientras se halle á la cabeza del poder, no desaparecerán en Francia las instituciones republicanas. Ciertas interrupciones de la derecha le dieron á conocer que se adelantaba demasiado haciendo al país tales afirmaciones, y hasta hubo un miembro de la Asamblea que tomó la palabra para decir con toda claridad que el estado actual de cosas se mantendría solo por un tiempo determinado, mientras se organizaban las fuerzas de la Francia.

En resumen, la Commune de París ya sabe á qué atenerse: luchar hasta el último extremo ó rendirse á discreción. Para desgracia de esta capital, es muy de temer que adopte el primer partido, en cuyo caso nos esperan aquí todos los horrores de una lucha desesperada.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

BERNARDO DEL CARPIO Y ABINDARRAEZ.

I

Cuando el árabe inclemente
En siglos que ya pasaron
El suelo español vendido
Hollaba con torpe paso
Y en Asturias y Leon
Sucesor del gran Pelayo,
Rey benéfico y guerrero
Alfonso reinaba el Casto:
En el tiempo en que los nobles
Caudillos eran bizarros
Y soldados sin divisa
Se vieron muchos hidalgos,
Porque en vez de la ambición,
Del ocio inerte y del fausto
Emblema de su soberbia

Era la lanza y el casco,
Con pocos, pero valientes,
Plebeyos, mas no bastardos,
Con el dócil generoso,
Rebeldes contra tiranos,
Por entre Bribiesca y Búrgos
La sierra de Orbion cruzando
Camina á su frente un jóven
Á quien titulan Bernardo.
Ancha frente, luenga barba,
Ojos negros y rasgados,
Cenceño por la cintura
Pero de robusto brazo.
Buscando va silencioso
Por camino solitario,
Ó prevenido combate
Ó de torre algun asalto.
Era una revuelta noche
En que el resplandor escaso
De la luna, confundía
Riscos, valles y collados.
Y al cruzar un bosque espeso
En que los ruidosos álamos
Escollo á los aires eran
A fuer de coposos y altos,
Por frente de sus corceles
Impávido y bien armado
Con una encubierta dama
Un hombre viene á caballo.
Era un arrogante mozo
Ricamento ataviado
Que con su dama venía
Amoroso conversando.
Luego que Bernardo vió
Al jinete no cristiano,
Mandó á los suyos que al punto
Cortáranle en breve el paso.
Pero el árabe soberbio
Viéndose entonces cercado,
Su lanza intrépido enristra
Contra el enemigo bando.
Á uno hiere, á otro atropella,
Y bien se hubiera salvado
Con la herida que tenía
Y la lanza hecha pedazos,
Si al ímpetu de su ira
Y un empuje del caballo
Á la prenda de su vida
No hubiera al suelo arrojado.
Pero al fin cedió á los ruegos
Que reiteró Bernardo
De que su valor sería
Cortesmente respetado,
Y acabada la contienda
Cautivos los dos quedando,
Á la curiosa demanda
Que le hiciera el castellano
De saber quién era, el moro
Contestó así á su contrario:

— Musulman soy como ves
Y Abindarraez me llamo.
Sirvo á Marsilio, mi rey,
Y en su nombre ejerzo el mando
De un castillo aquí vecino
Cuyo nombre es el del Carpio.
Soy su alcalde, y por Alá
Nunca me hubiera ausentado
Para trocar mis delicias
En triste y acerbo llanto.
Partí alegre á Zaragoza
Con la ventura soñando
De alcanzar el digno premio
Á amores de muchos años.
Allí el colmo de la dicha
Me tuvo el cielo guardado,
Que dióme mi Zayda hermosa
Al pié del altar su mano.
Todo era placer y amores,
Mi afán encontró descanso,
Envidiosa la ventura
Mostrábase á nuestro lazo,
Hasta que cruzando ledos
Este espeso bosque opaco,
Tú sabes lo que mandaste
Y también lo que ha pasado.

— Pues si con tu Zayda quieres,
Repuso entonces Bernardo,
Quedar libre, en recompensa
Las llaves dame del Carpio.

— Entregar yo mi castillo
Cual hombre cobarde y bajo
Y comprar mi libertad
A precio de honor tan caro...
Esé castillo se gana
Con las armas en la mano,
Con la muerte de su alcaide
Que es á quien está encargado.

— Pues eres tan caballero
Y según ví tan bizarro,
Yo combatiré contigo
Frente á frente, brazo á brazo,
Y si por tu valentía
Vencido quedo en el campo,
La libertad de tu Zayda
Con la tuya habrás ganado;
Mas si por desgracia fuere
El triunfo á tu ardor contrario,
Ofréceme dar primero
El castillo de tu mando.

— Muy pagado de valiente
Estás, guerrero cristiano,
Pero yo también me precio
De ser un poco esforzado,
Y admito esas condiciones
Que dicen bien á mi rango,
Y empeño mi nombre y fe
Para cumplir el contrato.

— Pues parte al instante, vuela,
Libre es tu dueño adorado.
— ¡Ay de tí, si al Carpio vas!
— ¡Ay de tí, si voy al Carpio!
Y orgulloso el musulman
Aguijando su caballo,
Partió hácia su fortaleza
Á Zayda con él llevando.

II.

Apenas el sol vertía
La luz de sus rayos pura,
Por Oriente al nuevo día,
De marcial caballería
Vióse cristiana armadura.

Bajo del fuerte castillo
Con muro, foso y rastrillo
Terror de enemiga empresa,
Pronto á cumplir su promesa
Está el español caudillo.

Como el sol puro luciendo
Su peto luce y pavés,
Y en lo sereno y cortés
Silencioso está diciendo
Caballero soy leonés.

Viene con penacho azul
Brazaletes, malla y casco
Y aun mas labrada que tul
Ciñe la hoja de damasco
Que conquistó de un gazul.

Con diestro noble ademan
Monta un fogoso alazan
De aquellos que Ubeda cria,
Que solo en Andalucía
Puede hallarse tan galán.
— ¡Ah del Carpio! una voz grita:
— ¿Quién llama? otra le contesta:
— Que baje el alcaide resta,
Pues fiel su rival le invita
A la batalla dispuesta.

(Se concluirá)

FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.

La Guerra civil.

NUESTROS GRABADOS.

Desde el 2 de abril, cuando tuvo efecto el ataque de Neuilly por el ejército de Versailles, puede decirse que no ha pasado un solo día sin que hayamos oído un cañoneo furibundo y un fuego de fusilería interminable.

Durante el sitio que hicieron los prusianos no hubo jamás tal estrépito de artillería. A cada una de esas espantosas descargas corresponde un estremecimiento, porque se acuerda uno de los que caen, de su familia, de las mujeres, de los hijos, de todas esas desdichadas víctimas de la guerra civil. Con efecto, el casco de bomba y el cartucho no matan solo á un guardia nacional, á un soldado. Una bala hiere á toda una familia, y este es el primer pensamiento que hemos querido representar hoy poniendo en escena por medio de un dibujo la familia de un federado. ¡Qué de guardillas vacías! ¡Qué de cuartos cubiertos

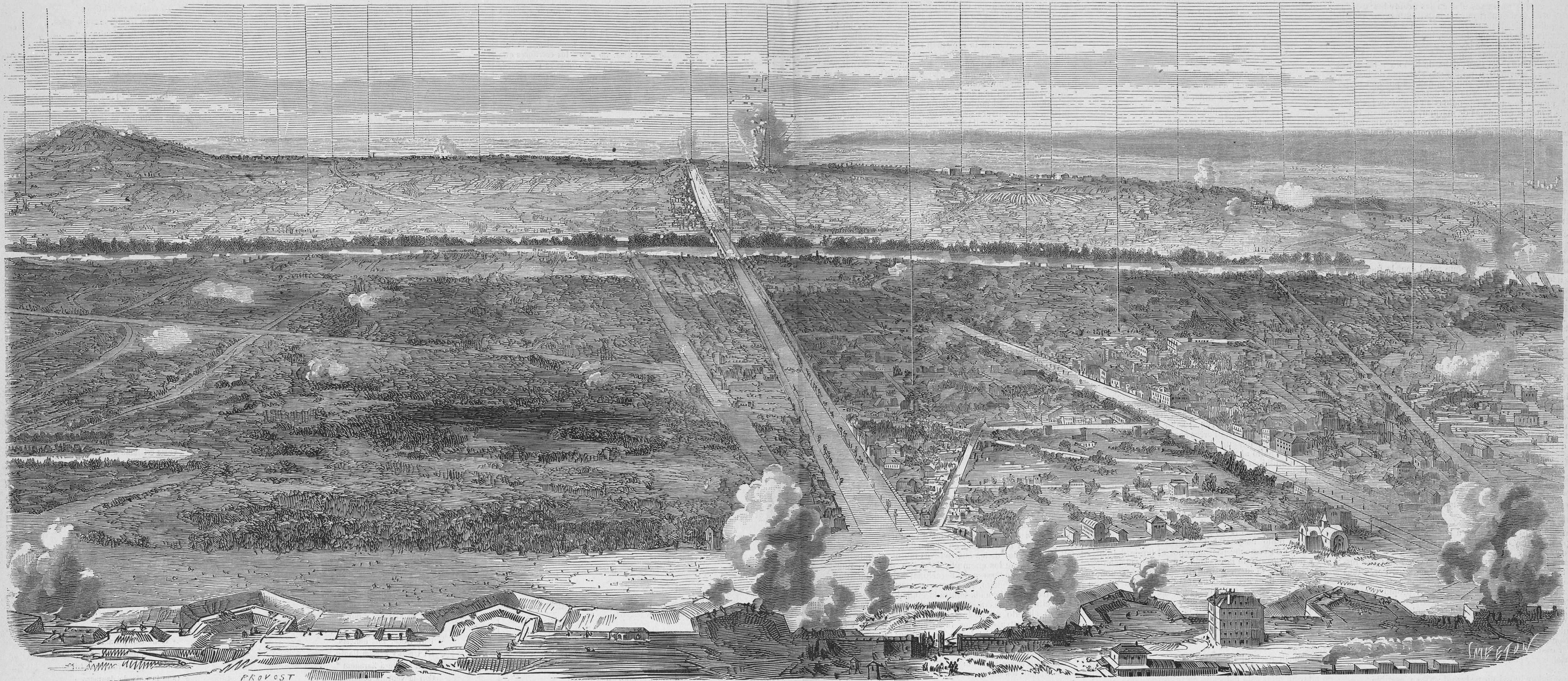
de luto! ¡Cuántos talleres abandonados! Triste será la estadística que tendremos que hacer al fin de esta desastrosa lucha. La Commune ha decretado una pensión de 600 francos para la viuda del guardia nacional que muere en el combate; pero la pensión no reemplaza al trabajador, y el dinero no suprime el luto de toda una familia. Una de las impresiones mas dolorosas de esta espantosa guerra es la que inspira la injusticia con que por ambas partes se juzga á los adversarios. Hé aquí, por ejemplo, cómo el Gaulois refiere « el interrogatorio de los insurrectos en Versailles. »

barrio y casa por casa, de cuyo modo fué recobrando el terreno perdido hasta la iglesia de Neuilly. En esa lucha encarnizada, incesante, de día y de noche, los federados tomaron dos banderines á los zuavos pontificios, que los guardias nacionales llevaron en triunfo al Hotel de Villa. Pero la accion principal ha sido la de Asnieres, sobre la cual vamos á dar aquí algunos pormenores. Las tropas de Versailles operan como si se tratara de un sitio regular. Los ingenieros abren paralelas y levantan obras para las baterías, en Courbevoie, en Puteaux y en la cabeza

del puente de Neuilly en la orilla izquierda. En este instante no nos ocupamos sino de las operaciones al Oeste de Paris, cuyo panorama verán nuestros lectores en las páginas 296 y 297 de este número. El ejército de Versailles habia extendido pues, su linea de operaciones. El general Dombrowski emprendió contra los destacamentos acantonados en Neuilly una terrible guerra de calles, y amenazaba á sus contrarios con un movimiento de flanco en el cual podian quedar envueltos, lo que habria dejado libre el camino directo de la puerta Maillot á Courbevoie.

El movimiento del general Dombrowski era muy lento por causa de las dificultades que encontraba, y á fin de neutralizarle, el general de los versalleses operó una diversion sobre la izquierda. El lunes 17 de abril á las tres de la tarde, las tropas de Versailles con buena artillería, atacaron las avanzadas de los federados y las baterías situadas delante de Asnieres y en la via del camino de hierro. El 77, que custodiaba las barricadas, viéndose asaltado por una lluvia de proyectiles, se replegó hácia Asnieres, abandonando la barricada y las trincheras. Los batallones 228, 452, 32 y 58, que guardaban las demás barricadas

Suresnes. Monte Valeriano. Rond-point des Bruyères. Puente de Neuilly. Cuartel de Isla de la Grande-Jatte. Asnieres. Batería Buzenval. Rueil. Marly. Puteaux. San German. Chatou. Rond-point de Courbevoie. Batería de Courbevoie. Clichy-la-Garenne. Courbevoie. Colombes. Bécon. Parque de Neuilly. Antiguo molino. Champerret. Gennevilliers de Asnieres Argenteuil.



La Mnette. Bosque de Boulogne. Puerta Maillot. Capita San Fernando. Puerta de las Ternas.

LA GUERRA CIVIL. — Panorama del teatro de la lucha entre las tropas regulares y los federados al Oeste de Paris.

« Quien ha visto á uno ha visto á doscientos; los mirables que sufren el interrogatorio tienen todos la misma traza, el mismo traje y casi la misma fisonomía. « Un gendarme les introduce uno por uno. El hombre se presenta con la cabeza baja, el pelo en desorden, cara y las manos repugnantes de suciedad; está temblando... » Todos son cobardes, todos dicen que les han arrasado á la fuerza y niegan haber tirado. Todos han sido condenados por la justicia.

« Entre los doce mil insurrectos interrogados hasta hoy, solo ha habido uno, uno solo, que haya confesado francamente que habia tomado el fusil por conviccion, y para eso comenzó su declaracion con esta frase: « No valgo por eso mas que los otros, pues cuatro veces he sido ya condenado por ladrón. » Así es que los combatientes de Paris no inspiran al periódico citado mas que desprecio y asco. » Tal es la apreciacion que merecen en Versailles los

prisioneros á quienes interrogan. Lo mismo sucede con el valor que despliega la guardia nacional. Y sin embargo, sobre este punto la opinion es unánime. Los federados se batan con un vigor que el gobierno no se esperaba encontrar en ellos. Las dos acciones mas importantes de la semana han sido incontestablemente las que han tenido efecto en Neuilly y en Asnieres. Ocho días ha pasado el comandante Dombrowski haciendo, digámoslo así, el sitio de Neuilly, barrio por

y la orilla izquierda del rio, viendo que se retiraban sus compañeros, se replegaron igualmente. Entonces los versalleses activaron su fuego y adelantaron contra el ferro-carril varias ametralladoras de nuevo modelo y de tiro muy rápido. Las cajas de metralla estallaban en medio de los batallones en retirada y aumentaban la confusion ocasionada por el deseo de pasar cuanto antes el puente de barcas para ponerse al abrigo á la otra parte del rio. Un destacamento de caballería de tropas de Versa-

lles les perseguia sin cesar, haciéndoles prisioneros. Al mismo tiempo una batería situada en el castillo de Bécon y en el rond-point de Courbevoie, batia el puente del ferro-carril y los wagones blindados que en él se hallaban. Un parte del comandante Dombrowski fechado el 19, dice que los federados recobraron las posiciones que habian perdido. Segun este parte el combate continuaba con encarnamiento.

La artillería enemiga colocada en las alturas de Courbevoie cubrian aquellas posiciones de proyectiles y de metralla; pero á pesar del fuego, el ala derecha de los federados ejecutaba un movimiento con el fin de envolver á las tropas de línea que se habian adelantado demasiado. L. C.

Una expedición á San Miguel del Fay.

(Conclusion. — Véase el N° 954.)

En el fondo, perdiéndose en unas profundidades inmensas y cuya compacta masa de tinieblas no retrocedió á la luz de nuestras antorchas reunidas, en el fondo se siente, mejor que se vé, un gran lago por debajo de bóvedas maravillosas si se juzga por las chispas lejanas que el resplandor de las luces hace brotar en aquellas tinieblas, como ricas y raras estrellas de un firmamento nebuloso.

Por lo que toca al lago, es profundo, y no teníamos sonda para descubrir su fin. Diríase que es el baño de la hada de aquel palacio.

Si con el auxilio de una chalupa se pudiera atravesar aquel lago que rueda sus olas en las profundas cavidades, quizá se descubrirían raros portentos por debajo de aquellas bóvedas subterráneas, quizá se abordaría á una orilla milagrosa por lo rica, quizá se penetraría en un verdadero palacio de las *Mily una noches*.

El reflejo de nuestras antorchas en las bóvedas y en la misma lámina del lago, daba de lleno en las aguas brillantes y movibles, y no parecía sino que de las profundidades de la cueva, como impelidas por una mano de gigante, rodaban olas de oro derretido. Por otra parte, las gotas de agua suspendidas en grupo de las puntas de aquellos cortinajes de mármol, chispeaban como una borla de diamantes, y las facetas irradiantes de todas las paredes se extendían como serpenteadoras franjas de estrellas. La ilusión fué completa por un momento. Creímos estar en un palacio encantado, con un arenal de oro á nuestros piés y nadando en una atmósfera de joyas.

Recuerdos son para los cuales es inhábil el pincel, insuficiente la pluma; escenas que nada es capaz de describir ó detallar porque su grandeza está solo en el sentimiento íntimo de los espectadores.

Arrojamos una piedra al lago. Todos los ecos de la caverna repitieron aquel ruido como si gimieran de dolor. El lago se estremeció todo como un enorme monstruo que hubiese recibido una herida y que temblase de todos sus miembros.

Aquel gemido, mas bien que aquel eco, lo fueron exhalando todos los antros de la caverna que como voces humanas fueron repitiéndose gradualmente, como se pierde en lontananza el alerta del vigilante centinela.

Mientras que casi todos estábamos escuchando atentamente aquel lamento que en lo que tardaba en morir nos revelaba la profundidad de la gruta, uno de los nuestros, Joaquín de Helguero, gritó á nuestras espaldas:

— ¡Señores, una mujer!

— ¡Cómo una mujer?

— Quiero decir el nombre de una mujer. Miradle allí, escrito con lápiz en la punta de esta roca.

En efecto, una mujer, acaso la única, bien conocida en los círculos de Barcelona, había subido á la gruta é inscrito en ella su nombre.

Entonces los once peregrinos se descubrieron y saludaron respetuosamente el nombre de aquella mujer, de aquel valiente en su sexo que no había temido subir allí de donde todos temíamos bajar.

XII.

CONCLUSION.

No podíamos arrancarnos á la admiración ni á la contemplación. Hay en aquella gruta toda la poesía de un poema alemán.

Antes de retirarnos, quisimos hacer algo mas que inscribir en sus rocas nuestros solos nombres. Peregrinos y creyentes, quisimos vertér nuestro pensamiento en el habla armónica que es el lenguaje mas propio para dirigirse á Dios.

¡Cosa rara, pero comprensible sin embargo! Cada uno de nosotros dejó allí inscrito un recuerdo y, sin ser consultado el uno con el otro, hallamos luego en todas las inscripciones ser uno mismo en el fondo el pensamiento, ser casi uno mismo el lenguaje.

En efecto, ¿podíamos allí pensar en otra cosa que en Dios?...

Camprondón buscó un pedazo de roca y escribió:

Solo la triste ceguedad del hombre,
Solo del necio la arrogancia loca,
No ve de Dios el nombre
Escrito por su dedo en cada roca.

Joaquín de Helguero escribía entre tanto en una columna:

¡Oh Dios! tu majestad omnipotente
En estos altos montes se halla escrita
Y en la veloz corriente
Que tu dedo en sus antros precipita.

Admirando tu inmenso poderío
Doblega aquí el creyente su cabeza,
Y póstrase el impío
Confuso al contemplar tanta grandeza.

Pepe Tenorio trazaba en aquel entonces:

Al ver maravilla tanta,
Que al entusiasmo provoca,
Á Dios el creyente canta,
Á Dios el ateo invoca.

Y yo deponía á mi vez y al mismo tiempo mi humilde ofrenda, que escrita dejé en la admirable franja de un verdadero cortinaje:

Calle la necia vanidad humana,
Humille el hombre la rebelde frente;
Canta á Dios en los montes la campana,
Canta á Dios en los valles el torrente.
La cripta que se extiende funeraria
Invita hospitalaria á la oración,
La alameda que gime solitaria
Himnos canta de amores al Señor,
Y el lago de esta gruta, misterioso,
Sus láminas rodando de cristales,
Y ese techo de perlas portentoso,
Y ese suelo de encajes y corales,
Todo proclama la intención divina,
Que es página del libro del Señor,
Todo dice á la gente que se inclina:
« ¡Creed y orad! ¡El arquitecto es Dios! »

En seguida salimos. La bajada presentaba una dificultad extraordinaria y dudamos que ningún cristiano pudiera bajar derecho por allí. El guía no nos ocultó el peligro ciertamente, aun le aumentó si cabe, y, como por muy sublime que fuese el rato que acabábamos de pasar, no por ello dejamos de hacerle algunos reproches por habernos ocultado el riesgo, el guía contestó:

— Si advirtiera el peligro á todos los viajeros antes de llegar aquí, la mayor parte ó todos se negarían á visitar la gruta y este sería en perjuicio del pobre ermitaño.

La razón, sin convencernos, nos hizo callar.

Bajamos sin que yo sepa decir precisamente cómo. No faltó quien se sentara y se dejara caer por la cuesta como un alud.

Cuando volvimos á atravesar la pequeña alameda que está cerca del santuario, la curiosidad nos movió nuevamente á examinar los troncos de los árboles. Hay también allí nombres ilustres. El del embajador de Dinamarca en 1800, el de los magistrados de la audiencia de Barcelona señores de Romero, Urbinia, Marchamalo y Cubells en 1799, el del señor don Francisco Javier Castaños siendo capitán general de Cataluña en 1819.

El 17 de setiembre de 1798 al subir la cuesta de San Miguel el señor conde de Torres Secas de Zaragoza, cayó con su caballo por un despeñadero, pero una roca saliente que halló al paso le detuvo en su caída. El caballo se hundió en el abismo. El conde fué sacado de allí sin lesión ninguna.

También en el mes de junio de 1800 acaeció igual caso al magistrado don Miguel Cubells. Cabalgadura y él fueron rodando un gran trecho por la cuesta. El caballo salió con una pierna rota y el magistrado sin daño alguno.

Un día del año 1747 se presentó en el santuario un viajero y pidió hospitalidad. Estuvo hasta hora muy adelantada de la noche paseando por el borde del abismo y por el cauce de la cascada, en la que reflejaba caprichosamente la luna, retiróse luego á su habitación, y al amanecer unos gritos lastimeros que de ella partían pusieron en movimiento á todas las demás personas del santuario. Entraron en el aposento del viajero y halláronle espirante y bañado en su propia sangre. Se había degollado con una navaja.

Tal es la historia de unos retablos que se ven en la capilla y que no se comprenden, como no anteceda esta explicación.

Una particularidad tiene también la capilla de San Miguel que me había olvidado notar cuando he hablado de ella. Su altar está colocado en tal disposición que se da vuelta á él, pudiendo decirse á un mismo tiempo cuatro misas, y sin embargo de no estar encendidas mas que cuatro velas, tener cada cura dos. Sobre esto hay en la comarca un enigma que las madres proponen á los niños para que lo adivinen.

Inspeccionado ya todo, nos quedaba por ver si la cocina de San Miguel del Fay era tan excelente como sus estaláctitas, y esto era precisamente lo que íbamos á probar.

No recuerdo almuerzo mas delicioso que el que entonces tuvo lugar en aquel histórico y pintoresco santuario, junto á aquella cascada que en tantos siglos no ha dejado de correr, frente de aquellos montes que parecen agrupados gigantes que asoman la cabeza para gozar de la poesía con que están vestidos todos los despeñaderos.

A pesar de todo estábamos tristes.

Conocíamos que iba á llegar el momento de separarnos y abandonar aquellos lugares encantados; el instante de partir con dolor del *oasis* catalán que tan franca hospitalidad había dado á nuestra alegre y bulliciosa caravana.

En otro tiempo, y en virtud de bula pontificia, el Priorato de San Miguel del Fay estaba unido al arcidiacono mayor de Gerona. En el día pertenece al Estado, pero pobre ó ninguno es el provecho que saca. Si nuestros informes no mienten, todo lo que percibe se reduce á 800 reales anuales de arrendamiento.

Yo creo que así como ha sido devuelto el monasterio de Monserrat á algunos monges del mismo para que lo cuiden y no se deteriore, así también convendría devolver el santuario de San Miguel á la comunidad diocesana de Gerona como sucesora del arcidiacono mayor de aquella diócesis. De seguro entonces no estarían los sitios que acabamos de describir en el abandono completo en que los hallamos; de seguro entonces no sucedería que la capilla estuviese sin ornamentos para la celebración de la misa como le sucedió el año pasado al Ilmo. señor obispo de Vich, que no pudo celebrarla; de seguro entonces no sucedería tampoco que el arrendatario, queriendo no mas que sacar provecho, no hiciera, como no hace, ningún gasto de conservación.

Esta conservación la reclaman imperiosamente la tradición, la poesía, el arte. Nosotros, fuerza es decirlo, notamos en todo un culpable, un criminal abandono. Todo es muy posible que se remediara con la indicación que hemos hecho. Podría entonces repararse el camino subterráneo para ir á la cueva peligrosa, cosa que exige la humanidad. El gobierno haría un bien al arte y á sí mismo con devolver este Priorato á sus antiguos dueños, ó á lo menos cuidar de su conservación.

Con inexplicable sentimiento volvimos á cabalgar en nuestros mulos, despidiéndonos de toda aquella poesía que canta en sublimes cánticos de alabanza la grandeza del Señor. Seguimos por un buen trecho el peregrino arroyo, de mas peregrino nombre, que se desliza por entre las quebradas, murmurante y sonoro, y abandonando aquel sitio delicioso que nos envió su suspiro de despidio con la última fragancia de sus flores y el último lamento de dolor de su arroyo, tomamos la dirección de San Felio de Codines, pueblecito de esparcidas casas que asoma en lo alto de un pico y que no parece sino un puñado de dados arrojados sobre un tablero por la mano de un gigante.

El cielo estaba nebuloso y cada vez se ensombrecía mas. Oíase retumbar el trueno á lo lejos como la voz misteriosa del profeta de Irmensul, y el pálido color de la tempestad cercana vestía con su flotante traje de ópalo montes y valles. No tardaron algunas gruesas gotas de agua, precursoras del próximo aguacero, en venir á azotar nuestros rostros y á morir en nuestros velludos hongos. Apretamos el paso y al fulgor de la cercana tempestad vimos abrirse no muy lejos la poética boca de una cueva, sobre la cual hicimos algunas preguntas á nuestros guías.

— Es la Cueva del Conde, nos dijeron.

En aquel momento arreció el huracán, abrió el cielo sus inmensas cataratas, cercana y espantosa retumbó la voz del trueno, y el rayo culebreó por entre las apiñadas nubes como una serpiente de fuego. Nuestra caravana se deshizo á las primeras gotas como se deshace un pedazo de hielo al primer rayo del sol.

Al trote de nuestros mulos nos precipitamos hácia San Felio y fuimos á ampararnos bajo el primer techo hospitalario que nos ofreció un abrigo durante la tempestad.

En tanto yo recordaba las palabras del guía. *La Cueva del Conde*, había dicho. La Cueva del Conde, sí, con tal nombre ha conservado la tradición y respeta el país uno de los sitios mas notables, un pedazo de terreno en el que se decidió la suerte de una gran ciudad.

¡La Cueva del Conde! ¡Corta es la leyenda que ha dado vida á tal nombre, pero cuán terrible!

Reinaba en Barcelona y en el año 992, el conde Borrell, el vencedor de los cuatro reyes moros, cuando llegó á su noticia que los enemigos de Cristo, deseosos nuevamente de apoderarse de Barcelona, bajaban en gran número á su condado. En efecto, concertando los moros entre sí una jornada contra la ciudad catalana y lugares circunvecinos á ella, entraron con un grueso y crecido ejército de infantería y caballería saqueando, asolando y destruyendo los lugares, villas, aldeas y caseríos circunvecinos, talando los campos y asesinando á los moradores, sin perdonar, como dice el cronista, piante ni mamante.

El conde Borrell viendo el daño grande que en los suyos hacían los enemigos del Señor, determinó salirles al encuentro y partió con este objeto de Barcelona á la cabeza de quinientos caballeros, hombres todos de honor y de ilustre sangre.

Aquel mismo día encontró el conde á sus enemigos, pero como la desigualdad era tan notable, fué preciso retirarse y aun volver grupa huyendo, con todos los que no habían quedado muertos en la demanda, hácia el castillo de Ganta sobre Caldas de Montbuy. Siguiéronle los moros los alcances y solo le dieron tiempo de penetrar en una cueva situada bajo el dicho castillo, donde el conde y los suyos quisieron hacerse fuertes. En vano fué: como á sus compañeros, les había llegado la hora; los enemigos de la fe penetraron á viva fuerza y cortaron la cabeza al conde y á los suyos.

Aquella misma tarde los aterrados catalanes veían caer una tras otra en una de las plazas mas públicas de su capital las cabezas del conde Borrell y sus quinientos caballeros, que los moros arrojaron dentro de las mura-

llas de Barcelona á favor de los ingenios y trabucos que se usaban entonces para arrojar piedras.

Desde tal acontecimiento quedóle á la cueva en que se refugió el desgraciado Borrell el nombre popular de *la Cueva del Conde*.

Así lo cuenta la tradicion, aunque no lo ratifique la historia.

Pasó la tempestad, renació la calma, los rayos del sol irradian en las gotas de agua suspendidas de las hojas de los árboles, y los ruiseñores del valle saludaron el azul del cielo con sus cánticos de amores.

Volvíamos á emprender nuestro interrumpido viaje, y lentamente nos fuimos apartando del pais de la poesia y de la tradicion.

San Miguel del Fay es como aquellas montañas de iman de los cuentos árabes que atraian con violencia y desde larga distancia á los viajeros, y que luego, ante algunas palabras mágicas que rompian el encanto, les dejaban partir lenta, lenta, lentamente como si nunca acabaran de decidirse á soltar su presa.

Al anochecer llegábase á la bella ciudad de nuestros condes, despues de haber nuevamente saludado al pasar las viejas ruinas de Moncada, asilo de tantos héroes; y una hora mas tarde cortaba yo la pluma con que debia escribir la peregrinacion de algunos jóvenes entusiastas, cediendo á la invencible necesidad de partir con el lector las emociones que acababa de experimentar.

VICTOR BALAGUER.

El alquimista del siglo XIX.

(Continuacion. — Véase el N° 954.)

Al decir estas palabras sus ojos centelleaban extraordinariamente de placer, porque su febril imaginacion le presentaba una felicidad sin límites. Algunos instantes permaneció absorto en estas gratas ideas, hasta que volviéndose con presteza para examinar el fuego, le dijo á Fani con inquietud:

— Hija mia, el carbon se ha acabado y no tengo bastante para concluir mi experimento; ve á buscarme un poco para esta noche.

— Con el mayor gusto iria, padre mio; pero...

— ¿Qué?

— La señora para quien trabajo ha rehusado adelantarme mas dinero, y ya me resta muy poco.

— ¿Y cuánto te queda?

— Dos francos todo lo mas.

— Bastante hay para el carbon que puedo gastar esta noche.

— ¿Y con qué comeremos mañana, padre mio?

— Mañana, hija mia, quizá tendremos á nuestra disposicion tesoros inmensos.

Fani sin responder una palabra se puso su papalina y un pañuelo, y salió volviendo al cabo de poco tiempo con el carbon que le habia pedido su padre.

— Ahora, hija mia, le dijo Robert, vete á descansar un poco, yo no puedo dejar el fuego ni los crisoles; y ruega á Dios que tengan buen éxito los experimentos de tu padre.

Fani obedeció, abrazó á su padre y se retiró á una reducida habitacion que habia contigua al laboratorio. Al amanecer dormia tranquilamente Fani, soñando tal vez en la felicidad que su padre le habia prometido, cuando la despertó un gran ruido oyendo despues la voz de su padre que la llamaba con gritos estrepitosos unidos á exclamaciones descompasadas; se vistió muy apresuradamente y salió á ver qué era lo que motivaba aquella extraordinaria alegría de Robert.

El laboratorio estaba completamente revuelto, las redomas, los minerales, las mesas, todo estaba por el suelo: el antiguo platero parecia que se habia vuelto loco, reia y lloraba á la vez, hacia mil contorsiones al rededor de la fragua que aun ardia, y manifestaba una alegría que rayaba en frenesí. Al ver á su hija la estrechó en sus brazos con una violencia que la hizo estremecer: por fin pudo desprenderse de los brazos de su padre, y llena de admiracion y sorpresa le preguntó:

— ¿Qué os ha sucedido, padre mio?

— Hija mia, ya somos felices, ya no se burlarán de mí, porque he hallado el medio de fabricar diamantes.

— ¿Es posible, padre mio? le dijo Fani temblando; ¿estáis seguro de que no os engañáis como tantas veces os ha sucedido?

— No, no, exclamó Robert, enseñándole dos piedras negras que sacó de entre los pedazos de un crisol que habia roto, ahora puedes estar segura de mi experimento Fani, estos son diamantes, pero diamantes verdaderos y de los mas exquisitos; mira, aunque la superficie está un poco negra, estoy muy cierto de que ahora no me engaño. El carbono que yo habia puesto en el crisol me ha dado dos diamantes en lugar de uno, pero esto será sin duda porque se habrá roto en la operacion. Pero no importa, ya somos ricos, muy ricos.

Fani participó aunque con bastante desconfianza, de la alegría de su padre, y no se podia convencer de que fuese real y verdadera tanta felicidad, porque estaba ya acostumbrada á tales chascos. Sin embargo, la seguridad y conviccion de su padre le hacia dudar, porque siempre hay mas propension en el corazon humano á creer lo que nos agrada. Un gran rato tardó el alquimista en hacer los experimentos necesarios para juzgar de la identidad de las piedras halladas, con el diamante, y todos le confirmaron en su opinion.

Luego que se hizo de dia se dispuso á salir, con el objeto de anunciar su descubrimiento á los principales plateros de Paris.

— Hija mia, decia con entusiasmo, ahora sí que voy á ver á mis piés á todos esos ricos que tanto me han despreciado; esta noche los he dominado á todos. Ahora, Fani, mi nombre será inmortal.

— Padre mio, dijo Fani con temor; acordaos de que no tenemos que comer hoy.

Robert sin escuchar á su hija tomó sus diamantes, la abrazó y se marchó con la mayor precipitacion.

Fani muy pensativa siguió con la vista á su padre exclamando:

— ¡Y Federico me decia siempre que era imposible fabricar diamantes!

II.

El viejo Robert recorriendo las calles de Paris, andaba con paso firme, la cabeza erguida y una mirada expresiva, y murmurando á media voz palabras incoexas que llamaban la atencion de los transeuntes. En sus gestos, en la expresion de sus semblante habia un aire de triunfo que formaba un singular contraste con su miserable traje y su facha enfermiza. Sus narices se hinchaban de orgullo, y su pecho parecia que queria estallar de debajo del chaleco de piqué amarillo, segun lo diligente que caminaba; en fin, tenia todo el exterior dichoso é insolente de un pobre diablo que acaba de hacer su fortuna por un golpe inesperado de la suerte.

Llegó por fin á las platerías y entró en uno de aquellos suntuosos y magníficos almacenes en el que se veia detrás del mostrador que brillaba por la pedrería, oro y toda clase de joyas que en él habia, una mujer vestida con la mayor elegancia que se puso á temblar al ver de improviso á un hombre pálido, mal vestido, gesticulando como un energúmeno, que se presentaba tan bruscamente dentro de la tienda.

— ¿Está en casa M. Chauvin? preguntó Robert con una voz que el entusiasmo robustecia.

La platera reconociendo por la voz al personaje que tenia delante, hizo un gesto de mal humor.

— ¡Ah! ¿sois vos, señor Robert? Me habeis asustado.

— ¿Dónde está vuestro marido? es preciso que le vea al instante, dijo el anciano.

— ¿Y para qué le quereis? ¿Os habeis figurado acaso que está siempre desocupado para oír las sandeces con que venis á incomodarle? id con Dios y dejaos de locuras, pues un platero de cámara tiene mil cosas en que ocuparse, y todas mas importantes que el examinar los pedazos de piedras que sois traer.

— Os repito, señora, repuso Robert lanzándola una mirada de desprecio é indignacion, que necesito hablar al momento á M. Chauvin, porque va en ello su fortuna y la de todos los tratantes en pedrería de la tierra.

La platera dió una carcajada y le volvió las espaldas, dejando á Robert impaciente. Iba este á replicar alguna vaciedad, cuando se presentó el platero á quien las voces que se oian en su tienda habian llamado la atencion. Era un hombre de unos cuarenta años y de aspecto muy agradable.

— ¿Qué es eso Enriqueta? ¿por qué atormentas á ese pobre hombre? preguntó dirigiendo una mirada de inteligencia á su mujer, como indicándole que se debia tener alguna consideracion á la debilidad ó manía de aquel anciano.

— ¡Compadre! exclamó el alquimista, que no veia ni entendia mas que lo que tenia relacion con su descubrimiento, vamos á vuestro gabinete, pues tengo que confiaros un secreto importantísimo...

— Hablad delante de Enriqueta, le contestó el platero con tranquilidad y una sonrisa imperceptible.

— ¡Oh! Si supiéseis...

— Apuesto cualquier cosa que adivino lo que es. Habeis ya encontrado el medio de fabricar el diamante, ¿no es verdad?

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada dirigida á su mujer, reprochándole el haber incomodado á aquel desgraciado é insensato anciano. La sangre fria y la especie de ironía con que habia hablado Chauvin desconcertó al pronto á Robert, pero luego volvió á entusiasmarse y continuó:

— Efectivamente habeis acertado, pero ahora es un diamante, no me he engañado, miradlo bien. ¡Es diamante de verdadero carbono cristalizado! un diamante tan puro y tan hermoso como los de la India y los del Brasil...

— Está bien, dijo Chauvin, preparándose á salir; pero ahora, Robert, estoy de prisa, porque tengo que concluir dos cruces de rubíes para un ministro extranjero; otro dia veremos vuestros experimentos. Enriqueta, dijo volviéndose á su mujer, da alguna cosa á este desgraciado que tendrá necesidad de algun poco de dinero para continuar sus experimentos y para comer él y su hija,

y bajando la voz añadió: no quiero que diga que me he negado á socorrer á un antiguo compañero sumido en la indigencia.

— Siempre has de ser el mismo, Clauvin, exclamó la hermosa platera con enfado, te quedarias sin comer con tal de hacer una limosna; y ¿á quién? á un loco, á un mendigo, á un holgazán...

Un gesto enérgico de desprecio é indignacion de Robert le cortó la palabra.

— Yo no soy ni loco ni mendigo, señora, dijo con voz imponente; si hay aquí alguno que se encuentre en estado de dar una limosna no es vuestro marido, sino yo, yo que le he preferido á todos los demás para hacerle participar de las inmensas riquezas que me pertenecen: ved, Chauvin, continuó poniendo sus dos diamantes sobre el mostrador: mirad si el que sabe el secreto de fabricar diamantes como estos tiene necesidad de pedir una limosna.

El platero dirigió una mirada distraida é indiferente á los dos diamantes, y con tono familiar y amistoso le dijo:

— Vamos, vamos, Robert, no os incomodeis; mi mujer es un poco viva de genio; pero en el fondo es muy buena. Volved á verme otro dia y examinaremos despacio vuestros experimentos. No os hagais tan pronto orgulloso. Enriqueta os dará cinco francos; con que hasta la vista.

Y se dirigió á la puerta como para entrar en la tienda de al lado, saludando antes al viejo alquimista.

— Pero estos son diamantes, diamantes verdaderos sin duda alguna, y yo los he hecho. Miradlos una sola vez con atencion: están aun sin pulimentar, porque el fuego ha alterado la superficie; pero es imposible encontrarlos mas limpios y mas perfectos, son diamantes verdaderos que cortan cristal, sí, ya he hecho todos estos experimentos para asegurarme de su verdadero valor, y todos han tenido el mejor éxito, ya sabeis que soy inteligente y que he sido platero por espacio de veinte años. Cada uno vale lo menos mil escudos, y yo los doy por mil francos, porque puedo hacer otros de mucho mas valor.

Estas palabras pronunciadas con voz fuerte y sonora empezaban á llamar la atencion de los que pasaban, hasta el punto de pararse la gente en la puerta del almacén; y entonces fué cuando Chauvin empezó á perder la paciencia.

— Robert, le dijo, no seas tan importuno, tomad los cinco francos y dejadme; ya os dicho que tenia que hacer, y que estaba de prisa.

— Este loco es insoportable, exclamó la platera, ya aprenderás, Chauvin, á no ser tan complaciente ni tolerante.

— ¡Insensatos! repuso el anciano Robert con energía; vengo á ofreceros una fortuna inmensa y me rechazais, vengo á haceros participar del sublime descubrimiento que he hecho despues de tantos trabajos y tantas vigili-
as y me insultais con vuestra estúpida compasion.

— Señor Robert, dijo Chauvin interrumpiéndole y enseñándole el grupo de gente que se aumentaba por momentos delante de la tienda, no tengais ganas de que en mi casa pase una escena escandalosa, os ruego que me dejéis tranquilo y os marchéis al momento.

— Sí, añadió su mujer cogiendo las tijeras de bordar que tenia en el mostrador, marchaos pronto, porque si no haré que os echen á la calle.

A esta amenaza el pobre Robert tomó su sombrero, se metió los diamantes en el bolsillo y dijo con dignidad al salir:

— ¡Yo queria haceros bien porque habeis sido siempre caritativos conmigo; no quereis, pues bien, vuestra obstinacion os pesará hasta el extremo de costaros lágrimas de sangre.

Despues de estas palabras salió desapareciendo entre la multitud curiosa, dejando á los dos esposos haciendo mil reflexiones sobre la manía de aquel pobre viejo.

— ¡Me causan compasion! decia atravesando la calle, ahora estarán tan contentos porque se ven libres de mí, ¡insensatos! yo iba á haceros ricos y dichosos. ¡Sí, son dignos de lástima! ahora porque no me han creído me han expulsado, pero yo me vengaré á mi vez luego que se convengan de la verdad.

Sin desanimarse por este revés entró en otra platería que estaba cerca de la de Chauvin, y el dueño al entrar Robert le dirigió una mirada de compasion por el miserable exterior que manifestaba; apenas habia entrado cuando le manifestó los diamantes; pero el platero tampoco se dignó examinar las piedras preciosas que le ofrecian.

— Id con Dios, buen anciano, le dijo con aire de malicia, las gentes de vuestra catadura no pueden poseer diamantes de ese tamaño. Lo que traeis son sin duda alguna dos piedras del Rhin que cuando mas valen un escudo, y todavia puede que el comprador no salga ventajoso.

— Os engañais, son diamantes verdaderos y los he fabricado yo mismo, exclamó Robert lleno de indignacion al ver que desconocian el valor de sus diamantes.

— Ya os he dicho que os marcheis, repitió el platero sonriéndose con aire malicioso; señor fabricante de diamantes, id á buscar á otros tantos porque yo no me tengo por tal.

(Se concluirá.)

El general Cluseret.

El delegado de la Commune para el ministerio de la Guerra, era en 1863 un oficial distinguido del ejército francés, y cuando estalló en los Estados Unidos la guerra de la separación, dimitió su empleo para ir á defender la causa de los federados. Muchos fueron los servicios que prestó al ejército del Norte, y así sucedió que ascendió hasta llegar al grado de brigadier general. Con tal motivo el general Cluseret se naturalizó americano.

Apuntaremos aquí de paso los fragmentos de una carta del general que demuestra la independencia de espíritu con que sabia hablar á los jefes que tenían mandos superiores al suyo.

Indignado con los excesos que cometía el ejército del general Milrey, el general Cluseret envió su dimisión al cuartel general Schenck, y la motivó en los siguientes términos:

« Mi súplica tiene por base dos puntos importantísimos y que no pueden ser asunto de discusión ni para un militar ni para un hombre honrado, á saber.

» 1º El mantenimiento de la disciplina;

» 2º El respeto á las mujeres y á los niños que el general Milrey quiere matar de hambre bajo el pretexto de que los hombres válidos están en el Sur y no han prestado el juramento de adhesión. Jamás en ningún pueblo civilizado las mujeres y los niños han podido ser responsables de que sus maridos ó sus padres son beligerantes, y jamás se han vengado en ellos las pérdidas que ha hecho sufrir al enemigo. Solo en una ocasión, en 92 y en 93 se cometieron atentados contra las mujeres, y Dios sabe si hemos expiado aquella triste página de nuestra revolución. En tiempos mas cercanos el nombre del austriaco ha merecido la execración de la Europa por haber hecho pesar la venganza de su gobierno sobre las mujeres.



El general Cluseret

» En todas épocas se han reprobado esos actos en todas partes y para honra de los Estados Unidos y de mi propio nombre, he creído y creo que debo evitar toda complicidad en hechos de esa especie. Por esta razón pido mi traslado.»

De vuelta en Europa el general Cluseret no ha cesado de trabajar en la propaganda mas activa en favor de la Revolución.

En los últimos años del Imperio publicó una serie de artículos muy notables sobre la reorganización del ejército francés, y sus críticas le atrajeron entonces persecuciones que le obligaron á salir de Francia.

Proclamada la República, el general Cluseret viene á sostener la causa de la democracia radical que siempre ha sido la suya. Sucesivamente ha estado en Lyon, en Marsella y por fin en Paris donde la Commune le ha puesto á la cabeza del ministerio de la Guerra, despues de la malhadada expedición emprendida por Bergeret y Flourens.

L. C.

El general Dombrowski.

Se ha dicho y repetido no sin razón, que el movimiento del 48 de marzo era una revolución hecha con el fin de defender la República universal; y en apoyo de esta idea se ha hecho valer la consideración de que la Commune llamaba á todos los hombres conocidos por su adhesión á la causa revolucionaria, como el general Cluseret, naturalizado americano, Dombrowski, defensor de la Polonia y Garibaldi, el héroe de la causa republicana de todos los países.

El nombramiento de Dombrowski para el mando de la plaza de Paris, ha llamado naturalmente la atención sobre el nuevo jefe que sucedía al general Bergeret, y el *Journal Officiel* de Versalles ha publicado una nota que mencionaba los antecedentes del nuevo comandante llamado á dirigir la acción de las tropas por la parte de Asnieres y de Neuilly.

De las diferentes noticias publicadas en Versalles y en Paris resulta que el comandante Dombrowski ha servido como oficial mayor de mucho mérito en el ejército ruso del Cáucaso, y que ha combatido por la causa



LA GUERRA CIVIL. — Prisioneros del ejército regular traídos á Paris por los federados despues de la acción del 11, en Chatillon.

de la Polonia en 1863. Hacia tiempo que habia abrazado esta generosa causa y por ella fué preso en Varsovia por los agentes de la policia rusa.

Sabido es qué suerte reserva la Rusia á todos los defensores de la Polonia.

La Siberia es la tumba que les espera.

Los conocimientos que tenia Dombrowski en el ejército ruso contribuyeron á facilitar su evasión.

Un detalle que no se ha revelado y que podemos mencionar aquí, es el medio que empleó Dombrowski para escaparse de las cárceles de Moscou.

El alcaide tenia una criada que habia servido en casa de Dombrowski y que le facilitó sus vestidos, á cuyo beneficio pudo escaparse de su encierro.

Una vez en la calle se ocupó en libertar á su señora que habia sido encarcelada como él, y habiéndolo conseguido vino con ella á Francia á pedir la hospitalidad que nunca ha negado á los desterrados como Dombrowski.

En cuanto á la acusacion que pesa sobre él de haber querido emitir billetes falsos del Banco ruso, el *Journal Officiel* de Versalles ha hecho justicia de ella, anunciando que la primera vez fué puesto en libertad porque no hubo lugar á la formacion de causa, y la segunda fué absuelto por el jurado.

El comandante Dombrowski es de corta estatura, y de un carácter enérgico á toda prueba. Ha consagrado su vida al estudio de las cuestiones militares, y ha publicado un libro de mérito sobre los progresos que los nuevos armamentos han hecho en los últimos veinte años. A su juicio, el ejército francés exigia hace tiempo una reforma radical, y las victorias que alcanzó en Italia en la campaña de 1849, solo podian explicarse por el arrojo del soldado francés y por su flaqueza, todavía mayor del ejército austriaco.

L. C.



El general Dombrowski.

La insurreccion de Argelia.

En medio de las catástrofes sin cuento que sufre la Francia, ha venido á estallar una insurreccion en Argelia. Damos un dibujo acompañado de una correspondencia que pondrán de relieve el episodio mas interesante de este gran suceso.

« Bordj-bu-Arreidj, 27 de marzo de 1871.

» Envio á Vds. un dibujo de la aldea de Bordj-bu-Arreidj, incendiada por los indigenas de la provincia de Constantina, bajo el mando del bach-agma Ahmed-ben-Mohammed.

» ¡Pobre país arruinado hoy completamente, y que hace tan corto tiempo estaba rico y próspero!

» Bordj-bu-Arreidj se ha defendido del modo mas brillante.

» La guarnicion, fuerte de 350 hombres, fué asaltada el 14 del corriente á las 6 de la mañana por unos 40,000 avales mandados por el bach-agma, y hasta las diez y media de la noche les tuvo en respeto y les mató mucha gente. La mayor parte de los defensores eran guardias móviles del departamento de las Bocas del Ródano, y algunos soldados pertenecientes á otros cuerpos.

» La guarnicion debió retirarse al Bordj que se ve á la izquierda del dibujo, y desde aquel día hasta el 25 del mismo mes, ha permanecido bloqueada y diariamente ha tenido que rechazar las encarnizadas acometidas del enemigo que, despues de haber saqueado y quemado la aldea, queria apoderarse tambien de Bordj para dar muerte á sus defensores.

» Afortunadamente una columna de 6,000 hombres mandada por el coronel Bonvallet llegaba el 25 del corriente al Bordj, y llegaba con mucha oportunidad, pues los árabes habian minado la vispera el muro del recinto y sabe Dios lo que hubiera sucedido.

» Al acercarse la columna el bach-agma se retiró á los montes contiguos al Bordj, y desde antes de ayer se mantiene allí en excelentes condiciones y con numerosos contingentes.

» Sus pérdidas durante el sitio se calculan en unos mil hombres entre muertos y heridos: las de los franceses se elevan á 6 muertos y 25 heridos.

» Tales son los resultados de esa campaña, que desgraciadamente no se ha acabado aun y que promete ser



ARGELIA — El Bordj-bu-Arreidj sitiado por Hamed-ben-Mohammed.

muy sería. Si llega el caso mandaré mas noticias y mas dibujos para seguir la historia de los hechos. — A. B. »

Con efecto, las últimas noticias son fatales. La insurrección ha tomado incremento; todo el Oeste de la provincia de Constantina, y algunas tribus de la parte Este de la provincia de Argel están en rebelión.

En Francia se disponen refuerzos.

A. B

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 954.)

— Cuando estés casada, continuó el herrero, no te desmayes nunca, muchacha. El desmayo repetido con exceso causa por sí solo, Dorotea, mayor número de males domésticos que todas las pasiones juntas. Acuérdate de esto, hija mia, si deseas ser realmente dichosa, y no podrás serlo si no lo es tu marido. Otro consejo debo darte, querida Dorotea, y es que no tengas á tu lado ninguna Miggs.

Con este consejo dió un beso á su hija en la mejilla en flor y subió lentamente al cuarto de su esposa.

Esta señora yacía pálida y abatida sobre la almohada confortándose con el aspecto de su último sombrero nuevo que Miggs, como un medio de calmar sus sentidos turbados, desplegaba en el borde de la cama bajo el punto de vista mas favorable.

— Aquí está el amo, señora, dijo Miggs. ¡Oh! ¡qué dicha es ver reconciliarse dos esposos! ¡Ah! ¡parece imposible que puedan reñir nunca!

En la enérgica efusión de estas exclamaciones, que fueron pronunciadas como un apóstrofe á los cielos en general, Miggs se encasquetó el sombrero de su señora, cruzó las manos y rompió en amargo llanto.

— No puedo contener las lágrimas, exclamó Miggs; no podría aunque me anegase en ellas. ¡Tiene mi señora tal espíritu de clemencia y misericordia! Vereis como va á olvidarlo todo y á ir con vos, señor. ¡Oh! si fuera preciso, iría con vos hasta el fin del mundo!

La señora Varden, con una sonrisa llena de languidez, censuró el entusiasmo de su dama de honor, y le manifestó que estaba muy mala para salir de casa aquel día.

— ¡Oh! no estais muy mala, señora, exagerais, señora, dijo Miggs. Que lo diga el amo. ¿No es cierto, señor, que no está muy mala? El aire del campo y el movimiento del carruaje os probarán muy bien, señora. No os dejéis abatir; mirad que enfermariais de veras. ¿No es verdad, señor, que debe levantarse por amor á todos nosotros? Esto es precisamente lo que iba á decirle. Debe acordarse de nosotros si se olvida de sí propia. Ya está la señorita Dorotea vestida y dispuesta á salir con el amo y con vos, y los tres estais contentos como unas pascuas. ¡Oh! exclamó Miggs prorumpiendo otra vez en llanto antes de salir del cuarto con la mayor emoci6n, nunca he visto una criatura tan angelical como ella por su espíritu de clemencia, no, jamás la he visto. El amo no la ha visto tampoco nunca, ni nadie en el mundo la verá jamás.

Durante unos cinco minutos la señora Varden opuso una débil oposici6n á las súplicas de su marido, el cual la repetía que le daría un placer accediendo, pero por fin se ablandó, se dejó persuadir, y concediéndole una amnistía cuyo mérito, segun decía con humildad, pertenecía al *Manual protestante* y no á ella, expresó el deseo de que Miggs la ayudara á vestirse.

Miggs acudió al momento, y haremos justicia á los esfuerzos reunidos de la dueña y la criada declarando que la buena señora, cuando bajó despues de cierto tiempo con su traje completo de viaje, parecía disfrutar, como si nada hubiese sucedido, de la salud mas envidiable.

También estaba dispuesta Dorotea, la perla y el modelo de las niñas hermosas, engalanada con un abrigo de color de cereza con la capucha caída sobre el cuello, y sobre esta capucha un sombrerillo de paja con cintas de color de cereza y un poco ladeado, lo suficiente para convertirlo en el mas provocador y perverso adorno que hubiera inventado jamás una maliciosa modista. Y sin hablar de la manera con que aumentaba este sistema de adornos de color de cereza el brillo de sus ojos, rivalizaba con sus labios ó esparcía sobre su cara una nueva flor de belleza, llevaba un manguito tan cruel y un par de zapatos tan capaces de traspasaros el corazon, y estaba rodeada y envuelta, si es permitido decirlo, de tantas coqueteterías agravantes de toda clase, que cuando Simon Tappertit vió salir á la jóven de casa, le dieron tentaciones de subir con ella al coche y huir á escape como un loco.

Y lo hubiera hecho indudablemente á no ser por las dudas acerca de Gretna-Green, pues ignoraba el camino mas corto, no sabia si debía tomarse por la derecha

ó por la izquierda, y si aun suponiendo que venciese todos los obstáculos del camino, el herrero de la localidad les casaría en definitiva á crédito, lo cual parecía inverosímil hasta á su imaginación exaltada.

Mientras estaba vacilando y lanzando á Dorotea miradas de raptor con silla de posta de seis caballos, sus amos salieron de su casa con la fiel Miggs y la ocasion propicia se desvaneció para siempre, porque el coche rechinó cuando subió la señora Varden, volvió á rechinarse cuando subió el herrero, se estremeció como si le palpitase el corazon cuando subió Dorotea, y partió dejándole solo en la calle con la lúgubre Miggs.

El buen herrero estaba tan contento como si en doce meses no hubiera tenido el menor disgusto, Dorotea resplandecía de gracias y sonrisas, y la señora Varden estaba de buen humor y reventando de salud.

Mientras cruzaban las calles hablando de diversas cosas, adivinad lo que vieron en la acera; vieron al jóven cochero de baile con un aire tan distinguido que nadie creyera que hubiese ocupado un coche sino para pasearse y saludar desde allí á los transeuntes pedestres como un elevado personaje.

A buen seguro que Dorotea se quedó confusa cuando le devolvió el saludo, y á buen seguro que las cintas de color de cereza temblaron un poco cuando encontró sus melancólicas miradas que parecían decir:

« — He cumplido mi promesa, he principiado, y la cosa va tan aprisa que no sé lo que será de mí por causa vuestra. »

El cochero quedó clavado en el suelo como una estatua segun la expresion de Dorotea, y como un poste segun la comparacion de la señora Varden, hasta que volvieron la esquina, y cuando su padre declaró que aquel jóven era muy imprudente y su madre preguntó con asombro cuál podía ser su intencion, Dorotea se puso tan encarnada que las cintas parecían amarillas.

Pero no por eso continuaron con menos alegría su viaje. El herrero, en la imprudente plenitud de su corazon, *alzaba el codo* en todas partes y revelaba la mas estrecha intimidad con todas las tabernas del camino y todos los posaderos y posaderas, amistosas relaciones de que participaba verdaderamente el caballo porque se paraba sin avisárselo.

Seria imposible describir el júbilo que causaba á estos posaderos y posaderas el ver á Gabriel, á Marta y á Dorotea.

— ¿No bajais? decía uno.

— Es preciso que entreis en mi casa, decía otro.

— Si os negais á tomar alguna cosa, me enfadaré y me convenceré de que sois orgullosos, añadia otra persona del sexo femenino.

Y lo mismo sucedía en todas las posadas y hosterías, hasta el punto de que mas que un viaje, era una marcha solemne, una escena de hospitalidad que se prolongaba desde el principio hasta el fin. Como era muy lisonjero gozar de semejante aprecio, la señora Varden no dijo nada por de pronto y desplegó una afabilidad deliciosa; pero ¡qué cúmulo de testimonios recogió aquel día contra el desventurado herrero para emplearlo en caso oportuno! Nunca se hizo semejante coleccion en una informacion matrimonial.

Con el tiempo, con un tiempo algo largo, porque se retardaron bastante con estas gratas interrupciones, llegaron al bosque, y despues del mas delicioso paseo bajo las copas de los árboles, llegaron por fin al Maypole.

El jubiloso « ¡hola! ¡ha de casa! » del herrero atrajo inmediatamente al portal al viejo y tras él á José, tan asombrados y alegres uno y otro al ver aquellas damas, que durante un momento les fué imposible articular una sola palabra y no hicieron mas que abrir la boca y los ojos.

Sin embargo, José recobró muy pronto su serenidad, y empujando á su padre, que se indignó al sentir la impresion dolorosa del codazo, salió del portal con la rapidez del rayo y se colocó cerca del carruaje en actitud de ayudar á bajar á las señoras. Era preciso que Dorotea bajase primero, y José la sostuvo en sus brazos, sí, José la sostuvo en sus brazos durante el brevísimo tiempo de un segundo. ¡Qué deliciosa ventura!

Seria difícil explicar cuán vulgar y desabrido fué para José ayudar á bajar despues á la señora Varden, pero lo hizo con la mayor gracia y galantería.

El viejo Juan que, teniendo una vaga y nebulosa idea de que la señora Varden no le miraba con buenos ojos, no estaba bien seguro de que no viniese con intenciones belicosas, hizo un esfuerzo de valor diciéndola que esperaba que su salud era buena, y se ofreció á conducirla á su casa.

Esta oferta fué aceptada de una manera amistosa, y se dirigieron juntos hácia el interior, seguidos de José y Dorotea cogidos del brazo. ¡Nueva dicha!

Varden componía la retaguardia.

Juan llevó á sus huéspedes al aposento bajo que hacia las veces de despacho, de tienda y de taberna, y que ofrecía un aspecto seductor por las comodidades, goces y refinamientos de toda clase que contenía. ¡Había allí tan maravillosas botellas en el vetusto aparador de encina, y vasijas tan brillantes que pendían de las clavijas, inclinadas casi de antemano en la posición mas cómoda para que un hombre sediento se las llevara á los labios; había allí tan sólidos barriles de Holanda colocados sobre tablas, y tan gran número de limones colgados de hilos separados, formando el oloroso bosquecillo de que se ha hablado ya en esta crónica, y sugiriendo con los panes de azúcar de una blancura de nieve amontonados á su lado la idea de un ponche exquisito superior á todo conocimiento humano; había allí tales armarios, tales cajones llenos de pipas y tales

sitios para contener una multitud de cosas en el alféizar de las ventanas, todo lleno hasta la gola de comestibles, líquidos ó condimentos sabrosos; finalmente, y para coronar todo esto, como símbolo de los inmensos recursos del establecimiento y de su reto á los consumidores de poder agotarlos, había allí un queso tan monstruoso...

Era preciso tener un pobre corazon, incapaz de regocijarse nunca, el corazon mas menguado, mas débil y mas acuoso, para no sentirse entusiasmado ante este santuario gastronómico del Maypole.

No era así el corazon de la señora Varden porque se enardeció al instante, y le hubiera sido tan imposible reprender á Juan Willet entre aquellos dioses lares, los barriles y las botellas, los limones y las pipas, como coger su propio cuchillito tan brillante para matarle de un golpe.

El programa de la comida hubiera enternecido además á un salvaje.

— Un poco de pescado, dijo Juan á la cocinera, algunas costillas de carnero con pan rallado y salsa de tomate, una buena ensalada, un pollo asado, un plato de salchichas con patatas fritas y cualquiera otra cosa por el estilo.

¡Cualquiera otra cosa por el estilo! ¡Hé aquí lo que son los recursos de las posadas! Indicar negligentemente platos que eran por sí solos una especie de comida de primera clase y de día de fiesta y propios para un banquete de boda, y llamarlos «alguna cosa por el estilo,» ¿no era lo mismo que si hubiera dicho: «Si no tienes un pollo, nos servirás cualquier friolera, por ejemplo un faisán?»

¿Y qué diremos de la cocina con su chimenea ancha como una caverna, una cocina en la que parecía que el arte culinario no tenía límites? La señora Varden volvió al despacho despues de haber admirado estas maravillas con la cabeza aturdida por tantas impresiones de asombro y éxtasis; su capacidad como ama de casa no era bastante vasta para abarcarlas todas. Así pues se vió precisada á ir á dormir, porque no podía estar con los ojos abiertos ante semejante inmensidad.

Durante este sueño, Dorotea, cuyo corazon y cuya cabeza estaban ocupados por muy distintos cuidados, salió por la puerta del huerto, y mirando de vez en cuando hácia atrás, pero creed que no era para ver si José la seguía, con pié ligero siguió por los campos, para cumplir con su encargo en la Garenne, una estrecha senda que conocía muy bien. Os puedo asegurar, lectores míos, porque estoy bien informado, que habreis visto pocos objetos tan agradables como el abrigo y las cintas de color de cereza cuando se agitaban á lo largo de las verdes praderas á la brillante luz del día.

XX.

El orgullo que le causaba la comision que se le había confiado y la inmensa importancia que naturalmente le daba, la hubiesen descubierto á los ojos de toda la casa si hubiera tenido que verse expuesta á las miradas de sus moradores; pero como Dorotea había jugado infinitas veces en cada corredor y en cada sombrío salon en los días de su infancia, y desde entonces había sido la humilde amiga de la señorita Haredale, de quien era hermana de leche, conocía las entradas y salidas de la casa lo mismo que Emma. Así pues, sin tomar mas precauciones que reprimir el aliento y andar de puntillas al pasar por delante de la puerta de la biblioteca, se dirigió á la habitacion de su amiga sin anunciarse.

Era la habitacion mas alegre del edificio. La sala era indudablemente sombría como las demás, pero la juventud y la hermosura hacen alegre una cárcel, menos cuando la marchita ¡ay! el aislamiento, y prestan algunos de sus propios encantos á la mas lúgubre escena. Aves, flores, libros, dibujos y mil cosas de este género, mil graciosos testimonios de las afecciones y gustos femeninos, daban mayor vida y simpatía humana á aquella sala para la cual parecía haberse construido todo el edificio. Había un corazon en aquella sala, y el que tiene un corazon no deja nunca de reconocer la silenciosa presencia de otro corazon como el suyo.

Dorotea tenía uno, y os aseguro que no era de piedra, aunque hubiera en torno suyo una neblina de inconstancias y caprichos comparable con esos vapores que envuelven al sol de la vida en su mañana y oscurecen su brillo. Así pues, cuando Emma se levantó para recibirla y la besó afectuosamente en la mejilla, se hubiera dicho que era muy desgraciada porque acudieron las lágrimas á sus ojos y expresó la mas profunda tristeza; pero un momento despues, alzó los ojos, los vió en el espejo, y tenían en verdad tanta gracia y donosura, que se sonrió exhalando un suspiro y se sintió muy consolada.

— He oido hablar de eso, señorita, dijo Dorotea, y es en efecto muy penoso, pero nunca pueden llegar á ser mejores las cosas que cuando son peores.

— Pero ¿estais segura de que son peores? preguntó Emma sonriéndose con tristeza.

— No creo que puedan dar menos esperanzas, dijo Dorotea. Pero pronto se trocará la situacion, y yo misma os traigo una buena noticia.

— ¿De parte de Eduardo?

Dorotea hizo un ademán de cabeza y se sonrió. Despues se puso la mano en el bolsillo, y dándose mucha importancia, sacó por fin la carta.

Cuando Emma rompió con presteza el sobre y devoró lo que había escrito en el billete, los ojos de Dorotea,

por una de esas casualidades extrañas y difíciles de explicar, se dirigieron nuevamente hacia el espejo, y no pudo menos de pensar que el cochero debía en efecto padecer mucho y de compadecer sinceramente al pobre joven.

Era una carta larga, larguísima, escrita en líneas muy estrechas en las cuatro planas, pero no era muy consoladora, porque Emma se paró durante su lectura varias veces para llevarse el pañuelo á los ojos.

Es indudable que Dorotea estaba muy asombrada al verla sumida en tan grande aflicción, porque un negocio de amor era para ella uno de los entretenimientos más divertidos, una de las cosas más chistosas de la vida; pero consideró como posible en su mente que todo esto procedía de la extrema constancia de Emma, y que si ella quisiera enamorarse de algún otro galán de la manera más inocente del mundo y únicamente para mantener á su primer amante en el ardor de su pasión, se aliviaría de un modo muy sensible.

— A buen seguro que así lo haría yo si me hallase en su situación, pensó Dorotea. Es muy legítimo hacer una desgraciada á sus amantes, pero hacerse desgraciada por ellos es un solemne disparate.

Sin embargo, semejante consejo no hubiera tenido éxito alguno, y por lo tanto permaneció sentada y silenciosa.

Y por cierto que le fué preciso hacer esfuerzos de paciencia, porque una vez leída la carta desde el principio hasta la firma, fué leída segunda y tercera vez sin dejar una línea. Durante este largo intervalo, Dorotea recurrió á mil medios para pasar el tiempo; se rizó el cabello con los dedos, y con el auxilio del espejo que había consultado ya más de una vez, se hizo algunos anillos asesinos.

Todo acaba en este mundo, y hasta las jóvenes enamoradas no pueden leer eternamente las cartas que les escriben. Así pues, doblada otra vez la carta de Eduardo, fué preciso pensar en contestarla.

Pero como esto prometía ser una obra que exigiría también tiempo, Emma la aplazó hasta después de comer diciendo que era indispensable que Dorotea comiese con ella.

Dorotea tenía este mismo pensamiento, y por lo tanto no fué necesario suplicárselo. Arreglado este punto, las dos amigas salieron para pasearse por el jardín.

Recorrieron en todas direcciones la arboleda hablando continuamente, Dorotea al menos no cesó de hablar un minuto, y dando á aquel sitio de la lúgubre casa una completa alegría, no porque hablaran en voz alta y se rieran mucho, sino porque las dos eran tan bellas, solaba aquel día una brisa tan agradable, y sus ligeros vestidos y los rizos de sus cabelleras parecían tan libres y tan gozosos en su abandono, que no había flores tan lozanas como ellas en el jardín.

Después del paseo comieron, después se escribió la carta, y después hubo un rato de conversacion en la cual Emma aprovechó la ocasion de acusar á Dorotea de ciertas tendencias de coquetería é inconstancia, pero parecía que Dorotea tomaba estas acusaciones por cumplidos, pues se reía á carcajadas.

Viendo que era completamente incorregible, Emma consintió en su partida, pero no sin haberla confiado antes la importante respuesta advirtiéndole que no la perdiese, y la regaló además un lindo brazalete para que le sirviera de recuerdo.

Habiéndolo abrochado en el brazo de su hermana de leche, y habiéndole aconsejado formalmente que se enmendase en sus coqueterías, porque Emma sabía que Dorotea amaba á José en el fondo del corazón, lo cual negaba Dorotea con energía multiplicando las altivas protestas y diciendo que esperaba encontrar mejores partidos, la señorita Haredale se despidió de su amiga. Sin embargo, la volvió á llamar para darle para Eduardo algunos encargos supletorios que una persona más formal que Dorotea apenas hubiera retenido en la memoria, y se separaron por fin definitivamente.

Dorotea bajó saltando la escalera, y llegó á la puerta de la terrible biblioteca, por delante de la cual se disponía á pasar de puntillas, cuando de pronto se abrió esta puerta y apareció M. Haredale.

Dorotea, que desde su infancia había considerado á este caballero como una especie de fantasma, y cuya conciencia se hallaba además agitada por el remordimiento, se quedó tan confundida al ver al tío de Emma, que no pudo saludarle ni seguir adelante, y después de sentir un grande estremecimiento, se quedó delante de él con los ojos bajos, trémula é inmóvil.

— Ven, niña, dijo Haredale tomándola de la mano. Tengo que hablarte.

— Señor, perdonad, pero tengo prisa, balbuceó Dorotea, y por otra parte me habeis asustado saliendo tan repentinamente. Preferiría irme, señor, si tuviérais la bondad de permitírmelo.

— Te irás inmediatamente, dijo M. Haredale que la había conducido en tanto á la biblioteca y cerrado la puerta. ¿Acabas de separarte de Emma?

— Sí, señor, hace un minuto. Mi padre me espera, y si tenéis la bondad...

— Bien, bien, dijo Haredale. Responde tan solo á esta pregunta. ¿Qué has traído hoy?

— ¿Qué he traído?

— Vas á decirme la verdad. Responde, dijo Haredale con cariño.

Dorotea vaciló un momento, y animada con el tono amable del tío de Emma, dijo por fin:

— He traído una carta.

— Por supuesto, de Eduardo Chester. ¿Y llevas la respuesta?

Dorotea volvió á vacilar, y para salir del apuro prorumpió en amargo llanto:

— Te alarmas sin motivo, dijo M. Haredale. ¿A qué vienen esas niñerías? Conozco que no puedes contestarme, pero sabes que Emma me diría la verdad si se lo exigiese. ¿Llevas contigo la respuesta?

Dorotea tenía carácter y firmeza á pesar de su apariencia tímida, y al verse acosada, lo desplegó como mejor pudo.

— Sí, señor, repuso temblando y aterrada, la llevo, y podéis matarme si queréis, señor, pero no la entregaré.

— Elogio tu firmeza y tu franqueza, dijo M. Haredale. Puedes estar segura que tanto deseo quitarte la carta como la vida. Eres una mensajera muy discreta y una muchacha honrada.

No teniendo una completa certeza, como lo confesó más adelante, de que no iba á arrojarle sobre ella á favor de estos cumplidos, Dorotea se mantuvo á tanta distancia como le fué posible, y volvió á llorar decidida á defender su bolsillo, donde tenía la carta, hasta el último extremo.

— He pensado, dijo M. Haredale después de un breve silencio, durante el cual una sonrisa desvaneció la sombría nube de melancolía natural que velaba su rostro, proporcionar una compañera á mi sobrina porque su vida es muy solitaria. ¿Te gustaría estar á su lado? Eres su más antigua amiga, y bajo todos conceptos mereces nuestra preferencia.

— No lo sé, señor, respondió Dorotea temiendo que se burlaba de ella, no puedo contestaros. Ignoro lo que pensarían en casa, y antes de aceptar...

— Si tus padres no se opusieran, ¿accederías? dijo M. Haredale. Ya ves que la pregunta es muy sencilla y que es fácil contestar á ella.

— ¿Y por qué no había de acceder, señor? repuso Dorotea. Sería para mí una dicha vivir al lado de la señorita Emma, porque la amo como una hermana.

— Bien, dijo M. Haredale. Para hacerte esta pregunta te he hecho entrar tan solo. Veo que estás impaciente por marcharte; puedes retirarte.

Dorotea no se hizo repetir estas palabras, pues apenas habían salido de los labios de M. Haredale, estaba ya fuera de la biblioteca y de la casa y se encontraba en el campo.

Lo primero que hizo cuando volvió en sí y reflexionó sobre el riesgo que había corrido fué volver á llorar, y lo segundo, cuando recordó el feliz éxito de su resistencia, fué reirse á carcajadas. Desterradas las lágrimas, cedieron el puesto á las sonrisas, y Dorotea acabó por reír tanto, que tuvo que apoyarse en un árbol. Cuando no pudo reír más y se sintió cansada, se arregló el peinado, se enjugó los ojos, se volvió á mirar con alegría viva y triunfante las chimeneas de la Garenne que muy pronto iban á desaparecer, y continuó su camino.

El crepúsculo teñía el cielo de rojas ráfagas, y la oscuridad crecía con rapidez en la campiña, pero Dorotea tenía tan conocido el camino que apenas hacia caso de las sombras y no le inspiraba malestar alguno el hallarse sola. Por otra parte, tenía que admirar el brazalete, y cuando lo frotó bien y se lo presentó en perspectiva al extremo del brazo extendido, brillaba y centelleaba tan magníficamente sobre el cutis, que el contemplarlo bajo todos los puntos de vista y volviendo el brazo de todas las maneras posibles, había llegado á ser una ocupación que la absorbía completamente. Llevaba además la carta, que le parecía tan misteriosa y tan bien escrita cuando la sacó del bolsillo, que fué para ella objeto de ocupación continua el volverla por todos lados, preguntándose cómo principiaría, cómo acabaría y qué diría desde el principio hasta el fin. Entre el brazalete y la carta tenía bastante que hacer sin pensar en otra cosa, y Dorotea siguió alegremente su camino admirando estos objetos.

Al pasar por un paraje donde la senda era estrecha y cubierta con dos hileras de árboles corpulentos, oyó á su lado un rumor que la hizo pararse de pronto y prestar atento oído. El rumor se había extinguido, y continuó andando, no precisamente con miedo, pero algo más aprisa que antes, y es posible también que no las tuviera todas consigo, porque un rumor es siempre sospechoso en un paraje desierto.

Apenas había dado algunos pasos más cuando oyó el mismo rumor, parecido al que causaría una persona que se deslizase á lo largo de las malezas, y mirando hacia una de las márgenes del camino, creyó distinguir una forma que se arrastraba.

Volvióse á parar de pronto, pero todo se quedó en silencio como antes.

Continuó entonces su camino aun más aprisa y hasta trató de cantar para distraerse, pero volvió á oírse el rumor.

No había duda; era el viento.

Pero ¿cómo es que el viento sopla tan solo cuando ella andaba y cesaba de soplar cuando permanecía inmóvil? Se paró sin quererlo al hacer esta reflexión, y el rumor se paró también. Dorotea estaba ya verdaderamente asustada, y vacilaba sobre lo que debía hacer, cuando las ramas crujieron, se rompieron, y un hombre saltó al camino y se colocó delante de ella.

XXI.

Dorotea se tranquilizó cuando reconoció á Hugo del Maypole, y pronunció su nombre con deliciosa sorpresa

sa y con un acento de alegría que salía del corazón.

— ¿Erais vos? dijo. ¡Cuánto me alegro de veros! ¿Por qué me habeis asustado de este modo?

Hugo no respondió, pero permaneció inmóvil mirándole é interceptándole el paso.

— ¿Habeis venido á recibirme? preguntó Dorotea.

Hugo hizo un ademán de cabeza afirmativo, y dijo que la esperaba hacia algunas horas.

— Ya me figuraba que vendrían á buscarme, dijo Dorotea tranquilizada con las palabras de Hugo.

— Nadie me ha enviado, respondió con áspero acento. He venido por mi propia cuenta.

Las rústicas maneras de este mozo y su exterior extraño é inculto habían causado á Dorotea muchas veces un vago temor, aun cuando no estaba sola con él, y este temor era causa de que se alejara involuntariamente de su lado. La idea de tener en él un compañero que había ido á recibirla por su propia cuenta en aquel paraje solitario y cuando las tinieblas se esparcían con rapidez en torno suyo, renovó y hasta aumentó la alarma que al principio la había agotado.

Si Hugo hubiera presentado su aspecto toscó de costumbre no le hubiese causado su compañía más repugnancia que la que le inspiraba siempre, y tal vez la habría halagado tal escolla, pero había en sus miradas una especie de grosera y audaz admiración que la aterró.

Ella le dirigía miradas tímidas, indecisa sobre si debía avanzar ó retroceder, y él la miraba como un hermoso sátiro.

Así permanecieron durante algunos minutos sin moverse ni romper el silencio, hasta que por fin Dorotea hizo un esfuerzo, se puso delante de él corriendo y se alejó rápidamente.

— ¿Por qué huís? dijo Hugo corriendo también y alcanzándola.

— Quiero volver pronto al Maypole, y por otra parte vais muy cerca de mí, respondió Dorotea.

— ¡Muy cerca! dijo Hugo inclinandose hacia ella de modo que podía sentir su aliento en la frente. Veo que siempre sereis muy orgullosa para mí, señorita.

— No soy orgullosa con nadie; me juzgais mal, respondió Dorotea. No os acerqueis tanto y dejadme.

— No, señorita, repuso Hugo queriendo cogerla del brazo; iré con vos.

Dorotea se desprendió, y cerrando su linda mano le descargó un golpe en el pecho.

Este golpe hizo prorumpir en una estrepitosa carcajada á Hugo, el cual, pasándole el brazo por la cintura la sujetó en un estrecho abrazo tan fácilmente como si hubiera sido una aveilla.

— ¡Bravo, señorita! Volved á pegar. Arañadme, arrancadme los cabellos; en todo consiento por amor á vuestros lindos ojos. No os detengais; me dais el mayor placer.

— ¡Dejadme! gritó Dorotea esforzándose con ambas manos en desembarazarse de él. ¡Dejadme al instante!

— Hariais mejor en ser más amable conmigo, querida Dorotea, dijo Hugo. Veamos; ¿por qué sois tan cruel? No os culpo porque seais orgullosa. Por el contrario, así me gustais más. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Cómo podeis ocultar vuestra belleza á un pobre joven como yo?

Dorotea no contestó, pero como Hugo no la había impedido aun continuar su marcha, andaba con toda la rapidez que le era posible. Por último, después de pocos y precipitados pasos, en medio de su terror y sintiéndose cada vez más estrechamente abrazada, faltaron las fuerzas á la pobre muchacha, y se paró casi sin aliento.

— Hugo, le dijo, si me soltais, os daré todo lo que tengo y no diré á nadie lo que habeis hecho conmigo.

— Veo que sois razonable, paloma mía, respondió Hugo. Todo el mundo me conoce en el país y sabe de lo que soy capaz cuando quiero. Si algún día os sentís tentada á hablar de esto, deteneos antes que las palabras salgan de vuestros labios, y pensad en el mal que hablando atraeréis sobre ciertas cabezas inocentes de las que no quisiérais que cayese un solo cabello. Si lo decís, ellas lo pagarán por vos. Me importa tanto su vida como la de un perro, y aun mucho menos. ¿Y por qué me ha de importar? Mas pena me daría matar á un perro que á un hombre.

Habia una expresión tan salvaje en estas palabras y en las miradas y ademanes que las acompañaban, que el terror de Dorotea le dió nuevo vigor y la hizo capaz de desprenderse con un súbito esfuerzo y de echar á correr con toda la rapidez que le era posible.

Pero Hugo era ágil y robusto, y aun no había andado cien pasos la fugitiva cuando la estrechó otra vez en sus brazos.

— No corrais tanto, señorita. ¿Queréis huir del rústico Hugo que os ama tanto como el galán más acicalado?

— Sí, lo quisiera, respondió Dorotea esforzándose en desprenderse; lo quiero. ¡Socorro!

— Multa por haber gritado, dijo Hugo. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Una multa, una preciosa multa que van á pagar vuestros labios. Tomad, ya me he pagado yo mismo. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

— ¡Socorro! ¡socorro! ¡socorro!

Mientras lanzaba este grito penetrante con toda la vehemencia que podía, oyó un grito que respondía al suyo.

— ¡Gracias, Dios mio! exclamó Dorotea al verse salvada. ¡José, querido José, por aquí! ¡Socorro!

Hugo permaneció indeciso durante algunos momentos, pero como los gritos se aproximaban, le obligaron á tomar una pronta resolución, y soltando á Dorotea, le dijo con acento de amenaza:

— Contad lo que acaba de pasar y vereis las consecuencias.

Después se internó en la maleza y desapareció al momento.

Dorotea echó á correr y fué á arrojarse en los brazos que le tendía José Willet.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Estais herida? ¿Quién era? ¿En dónde está? ¿A quién se parecía?

Tales fueron las primeras palabras que salieron de la boca de José con un gran número de exclamaciones y de protestas de que nada tenía que temer; pero la pobre estaba tan cansada y tan llena de terror, que durante algún tiempo no pudo contestarle, y permaneció apoyada en el hombro de su libertador llorando y sollozando como si su corazón quisiera desgarrarse.

José no podía oponer la menor objeción á que Dorotea continuase apoyada en sus hombros, aunque esto arrugaba sin compasión las cintas de color de rosa y quitaba toda su forma al elegante sombrerillo, pero no pudo soportar sus lágrimas que caían sobre su corazón. Así pues, trató de consolarla, se inclinó sobre ella, la dijo al

oído algunas palabras muy tiernas, y Dorotea le dejó continuar sin interrumpirle una sola vez, trascurriendo diez minutos antes de que estuviera en estado de levantar la cabeza y darle las gracias.

— ¿Qué es lo que os ha asustado? preguntó José. Dorotea contó que un hombre, un desconocido la había seguido, que había principiado por pedirle una limosna, y que después había pasado á amenazas de robo, amenazas que iba á ejecutar á no haber acudido José á tiempo para defenderla.

José atribuyó la manera vacilante y confusa con que contó esta aventura al terror que le había causado, y ni por lo más remoto sospechó la verdad.

Cien veces durante aquella noche Dorotea recordó esta advertencia de Hugo: «Deteneos antes que las palabras salgan de vuestros labios» y muchísimas veces en una época posterior cuando la revelación iba á escapársele, contuvo su lengua. El terror á aquel hombre profundamente arraigado en ella, la certeza de que su carácter feroz una vez excitado no retrocedería ante ningún obstáculo, y la convicción de que si le acusaba su cólera y

su venganza caerían sobre José, su libertador, fueron consideraciones que no tuvo valor para dominar y motivos muy poderosos para guardar silencio.

José estaba por otra parte muy alborozado, para pensar en hacer más preguntas, y como Dorotea se sentía muy débil para andar sin apoyo, continuaron su camino muy lentamente hasta que brillaron las luces del Maypole.

Dorotea se paró entonces de pronto y exclamó:

— ¡La carta!

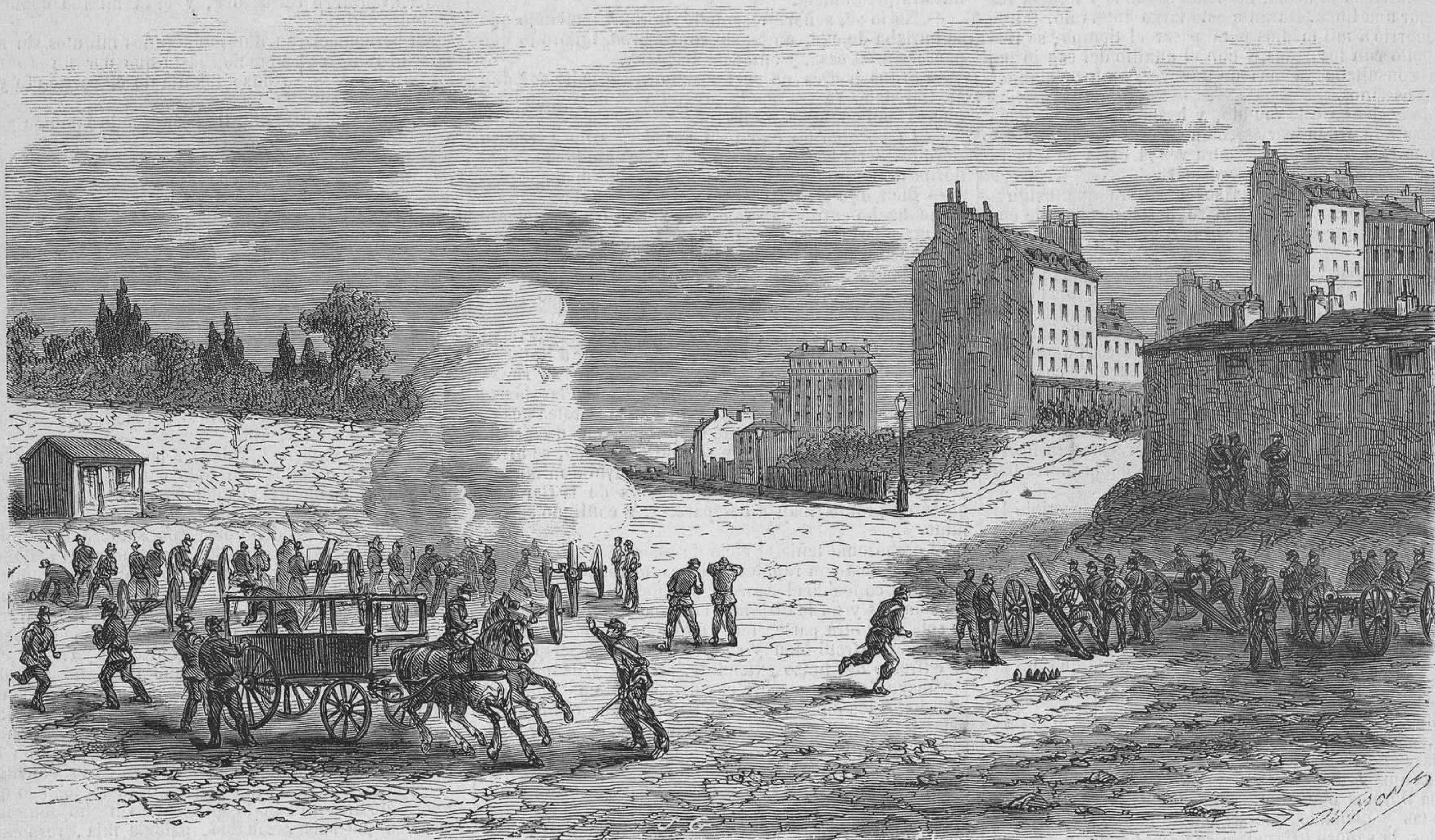
— ¿Qué carta? preguntó José.

— La que me habían entregado. La llevaba en la mano. También he perdido el brazalete, dijo estreehandando una mano con otra.

— ¿No lo habeis advertido?

— Las he dejado caer ó me las han robado, respondió Dorotea mientras registraba en vano el bolsillo y se sacudía el vestido. ¡No las tengo! ¡Qué desgraciada soy!

Y tras estas exclamaciones la pobre Dorotea que, haciéndola justicia, estaba tan apesurada de la pérdida de



LA GUERRA CIVIL. — La batería de los federados en el Trocadero.

la carta como de la del brazalete, volvió á llorar y gimió sobre su destino de una manera muy poética.

José la consoló asegurándole que tan luego como la hubiera puesto en seguridad en el Maypole, volvería á aquel paraje con una linterna, porque la noche era muy oscura, y buscaría escrupulosamente los objetos perdidos, que hallaría según todas las probabilidades, porque no era verosímil que hubiese pasado alguien por allí, y Dorotea no estaba bien segura de que se los hubiesen robado.

Dorotea le dió las gracias con mucha ternura confesando que no esperaba que tuviesen buen éxito sus pesquisas, y de este modo, con hondas lamentaciones por parte de ella y muchas palabras de esperanza por parte de él, una extrema debilidad de Dorotea y la mas tierna solicitud en sostenerla en José, pudieron llegar por fin al despacho del Maypole donde el herrero, su mujer y Juan prolongaban un alegre festín.

El posadero recibió la noticia del percance de Dorotea con aquella sorprendente presencia de ánimo y aquella lentitud en expresarse que le distinguían de una

manera tan eminente y le colocaban sobre los demás hombres; la señora Varden expresó su simpatía por el dolor de su hija reprendiéndola porque venía tan tarde, y el buen herrero besaba y consolaba á Dorotea y prodigaba los apretones de mano á José, elogiando su conducta y dándole las gracias.

(Se continuara.)

La batería del Trocadero.

Quando la Commune ha empeñado contra el gobierno la lucha que dura todavía, se hicieron esta pregunta:

— Paris tiene cañones en abundancia; pero, ¿tendrá artilleros?

Y como para justificar esta opinion, en todas las pa-

redes pudo leerse un cartel del general Cluseret ofreciendo 3 francos diarios á los artilleros que se alistasen para servir las piezas del ejército federal.

La preocupacion de los federados en este punto no ha sido larga, pues á medida que se arman aquí y acullá las baterías de la Commune, se rompe un fuego que no se interrumpe un instante.

Representamos la batería que el ejército federado ha situado en las alturas del Trocadero.

En los primeros dias se dijo que estos cañones tenían por objetivo el Monte Valeriano; mas á la verdad, semejante ataque debía ser ilusorio y el tiro de la batería ha demostrado que lo que se proponían principalmente los federados era inquietar los cuerpos del ejército de Versalles, diseminados desde el bosque de Boulogne hasta Puteaux y Suresnes.

En los primeros dias de su instalacion, el fuego de esta batería era frecuente, después disminuyó su intensidad y el punto mas vivo de la lucha sigue concentrado en Asnières y Courbevoie.

L. C.